25 años
MUSEO
Soumaya
FUNDACIÓN Carlos Slim

DE CASA y de CALLE

EL SIGLO XIX MEXICANO
EN LA COLECCIÓN DE
MUSEO SOUMAYA

RA infinitum

JULIO 2020
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

ÍNDICE

4
La vida pública en México durante el siglo XIX

16
La casa mexicana en el siglo XIX

28
Espacio público dentro del privado

36
Rostros decimonónicos

44
Pequeños adultos

56
Devociones y prácticas religiosas en los hogares mexicanos durante el siglo XIX

64
Abrigo del *Eros* y *Tánatos*: ropajes de vida y muerte

78
De la tradición gastronómica

86
La moda en el siglo XIX

102
Memorias de Concha Miramón

INSTRUCCIONES
REALIDAD AUMENTADA

Descubre detalles sobre las obras en el museo mediante la aplicación gratuita RA infinitum. Descárgala es muy sencillo:

1 Entra a tu tienda de aplicaciones.

ANDROID APP ON Google play

Descárgalo en el App Store

2 Descarga gratis RA infinitum.

RA infinitum Realidad Aumentada

3 Ábrela, apunta a la imagen y sorpréndete.

Jacobo Ávila | ***Panorama de la ciudad de Celaya*** [Guanajuato] | 1883 | Médula de higuera y madera sobre sobre papel pintado al gouache sobre seda | Fotografía: Javier Hinojosa

DE CASA y de CALLE

EL SIGLO XIX MEXICANO
EN LA COLECIÓN DE
MUSEO SOUMAYA

Las colecciones de plástica y artes aplicadas del siglo XIX mexicano en el acervo de Museo Soumaya dan cuenta de los usos y costumbres que marcaron el tránsito de lo público hacia lo privado en una época en la que se configuró la identidad nacional.

El quehacer cotidiano en relación con las fiestas, procesiones y paseos es reflejo de la ideología de los sectores de la variopinta sociedad del México Independiente. Los objetos del ajuar doméstico, herederos de la tradición novohispana, hablan con voz propia. El mobiliario, la indumentaria y los retratos son depositarios de una memoria colectiva capaz de traducir los valores y mentalidad de aquella época.

Los escenarios de lo público y de lo privado interactúan a través de una selección de pinturas, esculturas, litografías, estampas, miniaturas, moda, juguetes y exvotos.

Dedicamos este número de nuestra revista a todos aquellos que desde los espacios en el exterior –de calle–, atienden a las necesidades vitales que permiten el funcionamiento de nuestras ciudades, hospitales y servicios imprescindibles; dedicamos además una especial reflexión a quienes desde los trabajos realizados en sus hogares –de casa–, contribuyen a reafirmar las bases de nuestro país en lo económico, social y cultural, en un momento en el que necesitamos la participación de todos para lograr la unidad nacional.

Arte e historia para todos.

Confección europea | **Vestido de baile** (detalle) | c 1873 | Cuerpo y falda de raso de seda, encaje de blonda y de bolillo. Botones con alma de cristal forrados con hilo de seda trenzado. Enagua de seda y tiras de encaje y listones. Emballenado y con estructura metálica para polisón | Fotografía: Luis Enriquez

La vida pública en México durante el siglo XIX

Laura González Eguiarte | Curaduría

La Guerra de Independencia concluyó con la entrada a Ciudad de México del ejército Trigarante liderado por Agustín de Iturbide hace 199 años, el 27 de septiembre de 1821, y con la consecuente firma del acta de disolución de lazos con la Madre Patria. No obstante, España no reconocería la Independencia hasta 1836. Devino el Primer Imperio Mexicano con la coronación de Iturbide como Agustín I, el 21 de julio de 1822.

Su gobierno fue breve. La abdicación del emperador en marzo de 1823 dio como resultado dos visiones contrastadas de forma de gobierno, la atomización de los grupos políticos, y luchas intestinas por el poder que marcaron todo el siglo XIX. Incursiones militares extranjeras, alianzas disímbolas, reformas constitucionales y golpes de estado conformaron dos grupos: los federalistas que propugnaron por la instauración de una república con ideales heredados de la Revolución Francesa y la Independencia Norteamericana, y los centralistas que defendían la tradición al tiempo que buscaban erigir una monarquía de herencia europea.

La lucha de facciones y la inestabilidad política hizo de México un terreno fértil para los intereses expansionistas de

otros países: el intento de reconquista por parte de España en 1829; la primera intervención francesa —también conocida como Guerra de los Pasteles— en 1838; la independencia de Texas en 1839; y la Guerra con Estados Unidos de 1845 a 1848, que tuvo como consecuencia la pérdida de la mitad del territorio del país.

Anónimo mexicano | ***Vista de la Plaza Mayor de México*** [A partir de Rafael Ximeno y Planes] | c 1797 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Con ideales liberales y anticlericales, en 1857 se juró una nueva constitución que promulgaba un estado laico y quitaba privilegios a la Iglesia. Ignacio Comonfort, presidente en funciones, la desconoció enseguida porque inició la Guerra de Reforma (1858-1861). El país se escindió y existieron dos presidencias paralelas: Félix Zuloaga y Benito Juárez. Apoyada por los conservadores, la Francia de Napoleón III inició una campaña militar en 1862 que resultó en el último intento monárquico en América: el Segundo Imperio Mexicano (1864-1867) con Maximiliano I y Carlota de Bélgica a la cabeza.

Tras el fusilamiento de Maximiliano, Benito Juárez retomó la presidencia del país en lo que se ha denominado la República Restaurada. En 1872 el primer mandatario intentó reelegirse, pero Porfirio Díaz se opuso con el Plan de la Noria. Tras su muerte fue sucedido por Sebastián Lerdo de Tejada quien a su vez, buscó la reelección en 1876. Díaz volvió a levantarse en armas con el Plan de Tuxtepec y asumió la presidencia. Su gobierno fue de aparente paz y desarrollo cultural, económico y tecnológico, que se afianzó con severos costos sociales que condujeron a la Revolución de 1910.

La vida política se vivió a la par de la cotidiana y las plazas públicas fueron su punto de convergencia, así como el lugar de encuentro social por excelencia. Conforme el sol de la mañana calentaba los adoquines, el bullicio se apoderaba de las calles: *Cada mañana mozos y doncellas de las principales casas se* [encontraban] *en la plaza.* [Intercambiaban] *rumores a la vez que* [regateaban] *con mercaderes de carnes, verduras o frutas*, apunta la

Francisco de Paula Mendoza | ***Batalla del 2 de abril de 1867*** [Entrada del general Porfirio Díaz a la Plaza Mayor, Ciudad de Puebla de los Ángeles, primera versión del pintor, a la que siguió la del Museo Nacional de Historia El Castillo de Chapultepec] | 16 de septiembre de 1902 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

investigadora Cecilia Cortina Campero en su libro *Ciudad de Plazas*.

En 1793 el mercado de la Plaza del Volador se incendió, por lo que los comerciantes se trasladaron al cementerio de la Catedral Metropolitana. En 1837, el Ayuntamiento compró el predio a su propietario, duque de Monteleone, y en 1846 inauguró un nuevo mercado que fue el principal en Ciudad de México hasta 1890.

De acuerdo con el investigador Juan Ricardo Jiménez Gómez en *Diversiones, fiestas y espectáculos en Querétaro*, la plaza pública siguió la herencia virreinal y se pegaron bandos que daban noticias; para dar ejemplo público se emprendían acciones que *iban desde los azotes hasta la pena capital*.

Las calles y plazas también se vestían de fiesta y se adornaban para recibir procesiones religiosas y desfiles cívicos. La celebración más importante durante el Virreinato fue Corpus Christi, que al hacerse acompañar de representaciones teatrales y otros espectáculos, se convirtió en uno de los motores culturales y artísticos de Nueva España. La tradición continuó durante el siglo XIX, en el que también se festejaban la Pascua, Navidad y cada barrio con sus cofradías celebraba a sus santos patronos. Las mayordomías organizaban verbenas populares en las que se llevaban a cabo corridas de toros, peleas de gallos, bailes, juegos de naipes y lotería. Las ferias se realizaban en las afueras de las ciudades principales como la de Pascua en San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan —entonces capital del Estado de México—, cuyo palenque duraba tres días.

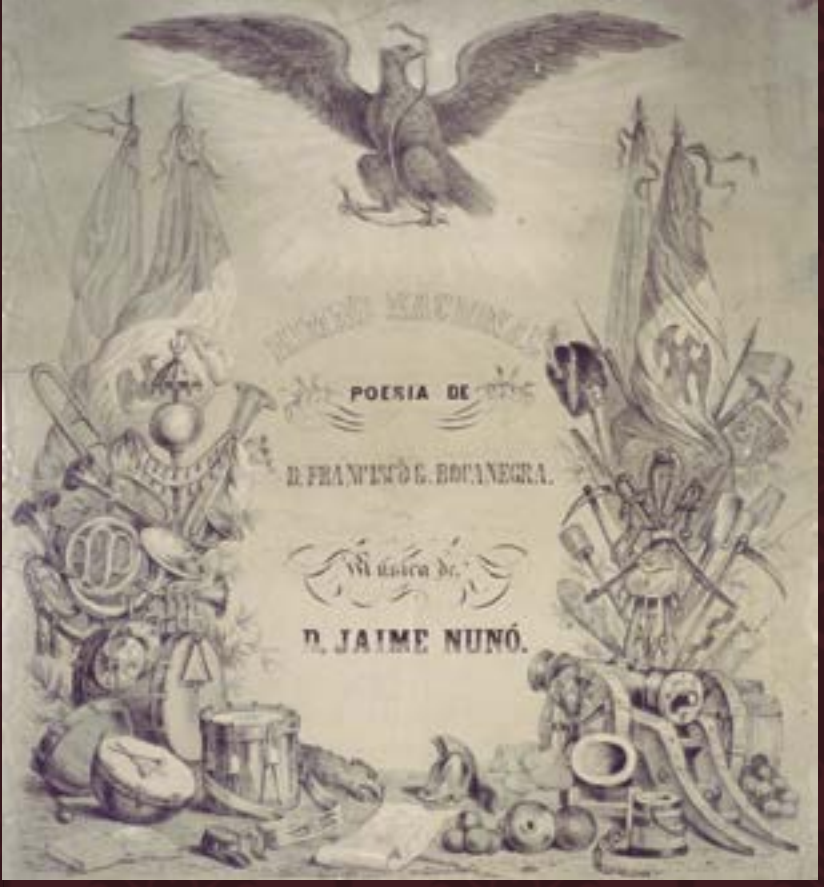
Daniel Thomas Egerton | ***San Agustín de las Cuevas*** [México] | 1840 | Estampa litográfica acuarelada | Fotografía: Javier Hinojosa

José Agustín Arrieta | ***Escena de pulquería*** | c 1850 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

En las fiestas *había fuegos artificiales, carreras de caballos, presentaciones musicales, comedias y escenificaciones de las legendarias batallas entre moros y cristianos. Y, por supuesto, rodeaban la plaza central puestos en los que se vendía comida y artículos de todo tipo,* apunta el investigador John E. Kicza en *Familias empresariales y su entorno, 1750-1850*. Por ejemplo, la Morisma es la representación de la Batalla de Lepanto acaecida en 1571 y, bajo la Corporación de San Juan Bautista, sigue su tradición en el siglo XIX en distintas partes del país, en la que Guadalupe, Zacatecas, lleva la batuta hasta la fecha.

En el ámbito civil se conmemoraba la Independencia con discursos y loas a los héroes patrios. En las primeras décadas del siglo XIX se enalteció la figura de Agustín de Iturbide muy por encima de las de Miguel Hidalgo y Costilla, y José María Morelos y Pavón. En 1812 Ignacio López Rayón realizó la primera conmemoración del Grito de Dolores desde el edificio Chapitel de Huichapan, hoy Hidalgo, pero no sería hasta 1824 cuando la ceremonia se llevaría a cabo en Palacio Nacional por el primer presidente de México, Guadalupe Victoria. Desde entonces, cada septiembre las calles capitalinas se adornan con banderas y escudos nacionales. Con mayor carácter festivo, Maximiliano de Habsburgo avivó las verbenas.

Contrario a la creencia popular de que Porfirio Díaz adelantó la celebración unas horas para hacerla coincidir con su cumpleaños, Artemio del Valle Arizpe en su libro *El Palacio Nacional de México* de 1952, asegura que fue el presidente Antonio López de Santa Anna quien decidió cambiar la conmemoración para *evitar la fatiga de levantarse a horas tempranas para festejar el acontecimiento*. El propio Santa Anna ideó un concurso para la composición de letra y música del Himno Nacional Mexicano; la convocatoria fue publicada por el Diario Oficial del gobierno de la República Mexicana el 12 de noviembre de 1853. Aun en ese momento, las celebraciones oficiales se musicalizaban con obras —muchas veces, de carácter religioso— que fueran del agrado de los gobernantes y el presidente deseaba un canto que fomentara la unidad nacional al tiempo que conmemorara con boato el 25 aniversario de su victoria sobre el ejército español en la Batalla de Tampico que se cumpliría en 1854.



El poeta potosino Francisco González Bocanegra escribió la letra en que se exalta la defensa de la patria. Cuenta la leyenda que su prometida, Guadalupe González del Pino y Villalpando, lo encerró en una habitación de su casa y no le permitió salir hasta que el poema estuviese terminado. Lo acabó en una sola noche. El 4 de febrero de 1854 se inició la segunda parte del concurso, que consistía en la composición musical. Originalmente triunfó el italiano Giovanni Bottesini, lo que no fue del total agrado de los organizadores, por lo que las deliberaciones se retrasaron por más de 180 días. No obstante, esta composición tuvo una sola presentación en el Gran Teatro Nacional el 18 de mayo de ese año, con las voces de la soprano Enriqueta Sontag y el tenor Gaspar Pozzolini.

Finalmente el 12 de agosto se declaró ganadora la composición *Dios y libertad* del catalán Jaime Nunó, amigo del presidente de México y director de las bandas militares del ejército nacional. El Himno con la música que conocemos se estrenó el 15 de septiembre de 1854 con las voces de Claudia Florenti y Lorenzo Salvi. El primer mandatario no pudo acudir porque se encontraba indispuesto.

La suerte del Himno patrio y del recinto que lo escuchó por primera vez refleja los vaivenes ideológicos y políticos de las siguientes décadas. Tras la Revolución de Ayutla, Santa Anna dejó la presidencia el 9 de agosto de 1855 y se exilió en Cuba; como consecuencia, el canto fue prohibido y en su lugar se entonaban canciones aunque ninguna con carácter oficial; la más popular fue la Marcha de Zaragoza compuesta en 1862 por Aniceto Ortega. El Himno fue rescatado durante el Porfiriato, se suprimieron las estrofas que cantaban las glorias de Iturbide y Santa Anna, y se generalizó su uso, aunque no se oficializó sino hasta 1943.

Murguía y Compañía | **Jaime Nunó**, música | **Francisco González Bocanegra**, letra | **Primera edición del *Himno Nacional Mexicano*** | 1854

Por su parte, el Teatro Nacional, que había abierto sus puertas 1844 y que se identificaba con el nombre de quien ocupó la presidencia en once ocasiones, cambió a Gran Teatro Vergara. Más adelante, durante el gobierno de Maximiliano se llamó Gran Teatro Imperial y finalmente se nombró Gran Teatro Nacional, el cual conservó hasta su demolición en 1901. El espacio fue construido entre 1840 y 1844 por Lorenzo de la Hidalga. Inauguró con un concierto del entonces mejor violonchelista del mundo, Antoine Bohrer; la voz de la soprano Ángela Peralta, *el Ruiseñor mexicano*, también resonó en sus rincones. Durante el Imperio fue dirigido por el dramaturgo español José Zorrilla, aunque también auspició espectáculos de lucha libre, malabarismo y perros amaestrados.

Atrio de la catedral de Zacatecas |c 1850–1900 | Grafito y lápiz de color sobre papel | Fotografía: Agustín Garza

Con carácter festivo se vivió la fundación de ciudades como Querétaro y los triunfos militares de las distintas facciones políticas. Al concluir la jornada de oratoria se ofrecían refrescos a los concurrentes y en muchas ocasiones se llevaba a cabo un baile con invitados distinguidos, mismos que debían ponderar si acudir o no, pues su asistencia era tomada como una adhesión a los ideales políticos celebrados. Jiménez Gómez señala: *el baile se ideologiza, porque los asistentes quedan impregnados del efecto difusor de la idea o motivo que justifica el festejo. Quien asistía a un baile dado en honor de un gobernante era partidario suyo*.

La coquetería y el cortejo estaban fuertemente regulados. A pesar de que la mayor parte de los matrimonios de las clases acomodadas eran arreglados,

los bailes fueron algunos de los espacios predilectos para la interacción social. En *El periquillo sarniento*, novela picaresca por entregas cuya publicación inició en 1816 y fue editada de forma íntegra en 1830, Fernández de Lizardi advertía: *¡alerta, casados y padres de familia que sabéis lo que es el honor, y lo queréis conservar como es debido!, este caldo es el manoseo que tienen con vuestras hijas y mujeres, las licencias pasan mil veces de las manos a las bocas, convirtiéndose los manoseos claros en ósculos furtivos, que las menos escrupulosas no llevan a mal, y las que se llaman prudentes y honradas disimulan y sufren por evitar pendencias*.

Los domingos, después de la misa de 12, las damas se vestían elegantemente y portaban sus mejores joyas para dar un paseo en carroza y dejarse ver –más no hablar– por los jóvenes que a caballo merodeaban en torno suyo y, en ocasiones, aventuraban alguna suerte ecuestre. Conforme avanzó el siglo, se hicieron más frecuentes los recorridos a pie por la Plaza Mayor, la Alameda Central y Bucareli. Con la instalación del alumbrado público en 1881 se popularizaron los paseos nocturnos.

Aunque la norma era permanecer en casa y recibir visitas en pequeñas tertulias domésticas de impronta ilustrada, como signo de la vida moderna surgieron algunos espacios de recreo. Los centros de reunión de las grandes ciudades dieron cuenta de una marcada estratificación social: mientras la élite se daba cita en clubes y cafés –a los que incluso acudían mujeres– para discutir los avatares políticos, las clases populares, los obreros, los pequeños comerciantes y los campesinos recién emigrados a la urbe acudían a tabernas y pulquerías en las que, al calor del aguardiente o el tradicional pulque, abundaban los excesos, las mujeres públicas o de la vida galante y por supuesto, las riñas.

Si bien en los cafés se jugaba ajedrez o dominó, la baraja española –de copas y bastos– fue el divertimento más socorrido durante el periodo; las partidas se llevaban a cabo tanto en las casas como en clubes, tabernas y locales dedicados a las apuestas. El juego más popular se llamaba «monte», en el que los participantes apostaban a una carta del «albur», como se denominaba a los dos naipes inferiores del corte de la baraja. De acuerdo con Lizardi en su *Periquillo*, el juego debía ser tenido

Cruces y Campa | ***Pulque de San Bartolo*** |c 1872-1877 |Impresión sobre papel albuminado | Fotografía: G. Villanueva

Salvador Murillo, atribuido | ***Un paseo en los alrededores de México*** | c 1866 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

por inmoral pues tenía la propiedad de desnudar la verdadera naturaleza de quienes tomaban parte de él. *Allí se conocen todos los vicios, porque se manifiestan sin disfraz. El provocativo, el truhán, el soberbio, el lisonjero, el irreligioso, el padre consentidor, el marido lenón, el abandonado, la buscona, la mala casada y todos, todos confiesan sin tormento el pie de que cojean; y por hipócritas que sean en la calle, pierden los estribos en el juego y suspenden toda apariencia de virtud*. La baraja francesa de picas, diamantes, corazones y tréboles se empezó a usar durante el Porfiriato.

Las familias adineradas solían tener fincas de descanso fuera de la ciudad en donde pasaban temporadas en compañía de amigos. En estas casas había pequeñas huertas y algunos animales de patio. Los lugares más frecuentados por su cercanía, clima y tranquilidad fueron San Ángel, Chimalistac y Coyoacán. También dentro de la ciudad se podía gozar del solaz de un día de campo en el Bosque de Chapultepec.

Por su parte, la charrería se consolidó como el entretenimiento más importante en las haciendas y rancherías. La experiencia de los jinetes y las faenas de los charros fueron motivo de orgullo nacional

desde mediados del siglo XIX, a grado tal que Maximiliano I mandó confeccionar un traje de gala con el fin de acercarse a las tradiciones del pueblo.

Las grandes ciudades del país, en especial la capital, vivieron grandes cambios a lo largo del siglo. El aspecto lacustre de la ciudad virreinal se perdió progresivamente en la medida de que la mancha urbana creció para dar cabida a todos sus nuevos habitantes en calles sin orden y carentes de servicios.

Desde la promulgación de la Ley Lerdo en 1856, que ordenó la desamortización de bienes eclesiásticos, muchos conventos fueron demolidos, o adaptados como edificios públicos, escuelas o viviendas. El proceso de transformación urbana se aceleró durante el Porfiriato: se llamó a arquitectos europeos y se construyeron nuevos edificios públicos que reflejaban las aspiraciones cosmopolitas del momento.

Las nuevas colonias de Ciudad de México —San Rafael, Cuauhtémoc, Juárez, entre otras— se planearon a la usanza europea con edificios de pancoupé o de esquinas chatas, grandes camellones y glorietas; las alamedas se ampliaron y adornaron con bancas y kioscos, como el morisco que se instaló en Santa María la Ribera. Para 1881 el sistema de alumbrado público extendió la vida de las ciudades. En la capital, el general Díaz mandó instalar 40 lámparas de la Knight Company en Coyoacán y 100 en la Alameda Central.

Aunque los domingos y fiestas de guardar se acudía a misa de 8 en la Profesa y a las 12 en Catedral —a la primera por devoción y a la segunda con un mayor carácter social— proliferaron las iglesias en los nuevos desarrollos urbanos para que cada barrio tuviera un centro de culto cercano que les permitiera tomar la Eucaristía todos los días. *Para algunas familias el sacramento diario era una costumbre, así que acudían temprano y en ayunas porque en aquel entonces esto último era requisito indispensable para quien quisiera comulgar. De regreso a casa les esperaba el desayuno que, por lo general, consistía en chocolate* [...] *y alguna pieza de pan*, señala Uribe.

La modernidad llegó en tren. En 1873 se estableció la primera ruta de ferrocarril de Veracruz a Ciudad de México. Durante el Porfiriato (1876-1910) las vías se extendieron por todo el país, con lo que trayectos que otrora tomaban días podían realizarse en horas y con mayor seguridad pues, como se lee en la novela de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío* (publicada por entregas entre 1889-1891), durante

el primer tercio del siglo los asaltos a las diligencias fueron cosa de todos los días. Asimismo, la primera llamada telefónica en México se realizó el 13 de marzo de 1878, tan solo dos años después de su invento, entre las oficinas de correos y la llamada Casona de Tlalpan. El 16 de septiembre se instalaría la primera línea telefónica privada entre el Palacio Nacional y el Castillo de Chapultepec.

Bajo el lema positivista «orden y progreso» –retomado del filósofo galo Auguste Comte–, el gobierno de Díaz abrazó las innovaciones tecnológicas, la apertura comercial y el *savoir faire* francés [saber hacer] en el desarrollo cultural y el entretenimiento de las grandes urbes.

El teatro tuvo un repunte, las comedias de costumbres se pusieron de moda y sirvieron como incursiones en el género chico: la zarzuela de herencia española y el teatro de carpa que dominaría la escena durante las primeras décadas del siglo XX. El gobierno de Porfirio Díaz impulsó el desarrollo de la ópera y promovió que los grandes episodios de nuestra historia fueran llevados a los escenarios. *Atzimba* de Ricardo Castro, cuyo libreto de Alberto Michel y Alejandro Cuevas narra el amor prohibido entre una doncella mesoamericana y un soldado español, estrenó con bombo y platillo en 1900. Por su parte *Anita* de Melesio Morales está basada en el Segundo Imperio Mexicano; se escribió para los festejos del Centenario de la Independencia, pero no llegó a estrenarse sino hasta el 24 de junio de 2010, un siglo después.

Otra diversión europea que se asentó en México durante el Porfiriato fue el hipódromo. A instancias del político Pedro Rincón Gallardo y Terreros, en 1881 se fundó el Jockey Club de México, cuya primera sede tuvo lugar en la Casa de

Anónimo mexicano | ***Vista de la Villa de Guadalupe*** | c 1850–1900 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

los Azulejos. Su presidente fue Manuel Romero Rubio, suegro de Porfirio Díaz. En 1882 se realizó la primera temporada de carreras en el recién construido Hipódromo de Peralvillo.

El asombro ante los adelantos tecnológicos de la época también constituyó un entretenimiento para la sociedad mexicana en el cambio de siglo. Acudir a un estudio fotográfico se convirtió en todo un evento social para las familias. Se instalaron dioramas y cosmoramas que daban a su público la ilusión de viajar a algunas de las ciudades más importantes del mundo a través de maquetas, telones, proyecciones y efectos ópticos logrados con espejos, velas y lámparas de gas. En 1897 el ingeniero Salvador Toscano abrió con gran éxito la primera sala de cine del país en la calle de Plateros, hoy Madero; la función costaba 25 centavos, que equivalía al jornal en una hacienda.

La posibilidad de volar también sedujo a los capitalinos, quienes surcaron los aires a bordo de dos globos aerostáticos diseñados por Joaquín de la Cantolla. Moctezuma I y II, como bautizó a las naves, fueron un doble divertimento, tanto para los pasajeros que podían disfrutar de las vistas de la ciudad, como para los curiosos que desde tierra admiraban el espectáculo.

En la primera década de 1900, el esplendor porfiriano tocaba su fin; el descontento social recrudeció y el entusiasmo cosmopolita se dio de golpe con la cruda realidad mexicana. Irónicamente, el siglo se despidió con una gran fiesta —la del Centenario— en la que se dejaron ver todos los matices del Porfiriato. Desde lo alto de la Columna de la Independencia, la Victoria Alada (no ángel) despidió una era y fue testigo impasible de las transformaciones del nuevo siglo.

Casimiro Castro | ***El Valle de México desde Chapultepec*** | 1850-1889 | Litografía coloreada a la acuarela |
Fotografía: Javier Hinojosa

La casa mexicana en el siglo XIX

Carolina García Torres | Investigación

¡Qué casita tan graciosa tiene usted! Es una jaula de canarios.
Por dondequiera, muebles ligeros y elegantes, aseo y comodidad.
Y afuera, ese jardincito es un primor.
Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), abogado, escritor, periodista, maestro y político mexicano, en *Cuentos de Invierno*, 1880

Refugio, morada, escenario en el que se desarrollan las historias íntimas, individuales, familiares: *la casa era un símbolo. Un distintivo de antigüedad, de prestigio social, de poder y esplendor patrimonial y de apariencia. De ahí que los límites entre lo público y lo privado adquiriesen una de sus más claras demostraciones, precisamente, en el entorno de sus salas*, afirma el investigador Máximo García Fernández. En México esta conquista del espacio privado alcanzaría un punto culminante en la segunda mitad del siglo XIX, cuando las familias modificaron sus hábitos y transformaron sus propias viviendas.

De acuerdo con Enrique Ayala Alonso: *Durante la segunda mitad del siglo XVIII, Nueva España experimentó un amplio proceso de renovación. Este fue producto de la puesta en marcha de las reformas borbónicas* [...] *que tuvieron profundas repercusiones en las maneras de habitar, tanto en la ciudad como en las casas.* Tras la Independencia, en los edificios gubernamentales el estilo Neoclásico fue adoptado como oficial entre liberales y conservadores, pero los modelos arquitectónicos para las residencias se conservaron prácticamente iguales que aquellos de fines del periodo novohispano.

Las moradas de los centros de las ciudades se articulaban al tener como centro el patio de herencia andaluza, cuyas raíces provienen de la tradición musulmana, el cual funcionaba como conexión entre los distintos espacios; señala la investigadora Eulalia Ribera Carbó: *solían tener dos niveles y varios patios alrededor de los cuales se abrían múltiples cuartos que servían como alojamiento para los mozos, de bodegas y para los variados servicios de la casa. Entre los bajos y los altos del edificio había un entresuelo.*

Fachada | Casa Guillermo Tovar de Teresa, La Roma [México] | Fotografía: Agustín Garza

Anónimo mexicano | ***Retrato de familia poblana*** | c 1830–1860 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Estos sótanos y semisótanos, inicialmente destinados al personal de servicio, con frecuencia alojaban a otros miembros de la familia, de manera temporal o permanente; en algunos casos eran alquilados a otras familias, en particular comerciantes que vendían sus mercancías en las accesorias que tenían salida a la calle. La segunda planta estaba destinada a los propietarios o inquilinos.

Desde 1855 la consolidación del proyecto liberal de nación trajo consigo grandes cambios que polarizaron el tejido urbano y social del país. La desamortización de las tierras pertenecientes a la Iglesia se concretó con las Leyes de Reforma y con la creación de una nueva Constitución Federal en 1857, lo que tendría fuertes repercusiones en las décadas posteriores. Durante el resto del gobierno juarista y el Segundo Imperio se construyeron algunas casas de campo que eventualmente fueron absorbidas por la metrópoli. Con el crecimiento económico en el Porfiriato y la liberación de extensos terrenos –anteriormente en manos muertas– aumentó el desarrollo inmobiliario y se propició la ampliación del trazado de las ciudades.

En la capital surgieron nuevas colonias entre las que se encuentran la Americana

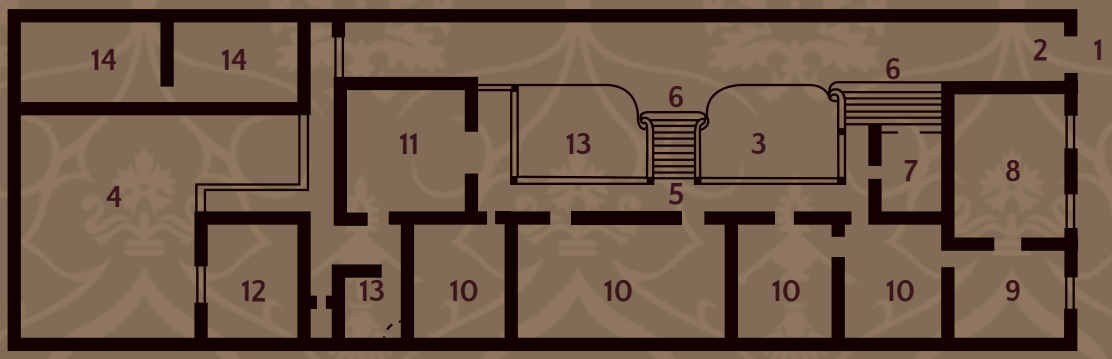
(hoy Cuauhtémoc y Juárez) para la aristocracia que, si bien conservó sus propiedades en el centro, prefirió vivir en una zona más moderna. Por su parte, Santa María la Ribera y San Rafael estuvieron pobladas por clases medias de comerciantes y profesionistas. La Guerrero, Morelos, Candelaria, Hidalgo, Peralvillo y La Viga fueron ocupadas por la población obrera. Así en menos de veinte años se cuadruplicó el tamaño de la urbe.

Mientras las casas del centro se conservaron, en los nuevos fraccionamientos surgieron distintos tipos de construcciones. De acuerdo con el arquitecto Luis Ortiz Macedo, *las casas que proyectaban los arquitectos mexicanos entre finales del siglo XIX y la Revolución de 1910, obedecían a estas tipologías: a) Chalets en los fraccionamientos periféricos; b) Residencias urbanas, siguiendo la morfología manzanal; c) Las "casas de alcayata"; d) Edificios de departamentos y privadas; e) Vecindades*.

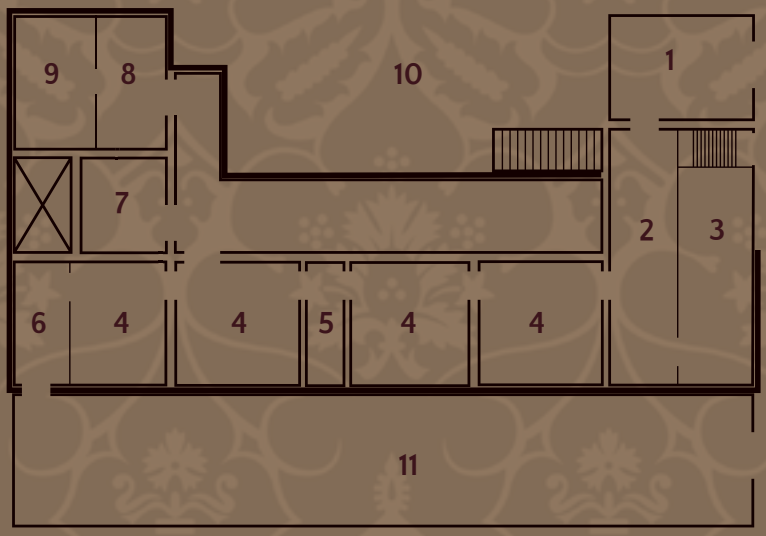
Bajo la etiqueta del Eclecticismo, las familias más acaudaladas optaron por los modelos norteamericanos y europeos en donde hay una separación de la calle por medio de jardines perimetrales que permitieron mayor privacidad; asimismo, como señala la investigadora Amelia Lara: *los chalets ocupaban dos lotes dentro del parcelamiento tradicional de la ciudad y tenía la mayoría de los casos dos pisos y un sótano, y ocasionalmente una buhardilla, techada de mansarda; la división de pisos, solía ser muy marcada; la planta baja se destinaba para uso colectivo, conteniendo un número de salones para utilizarse de acuerdo con el tipo de actividad que cada caso ameritaba. El gran salón, precedido por la antesala o asistencial, el comedor y el área para la sobremesa –el fumador– y por el vestíbulo o el* hall *se accedía en la mayoría de los casos por una majestuosa escalera a la planta alta, la cual estaba destinada a las habitaciones de la familia, con vestidores, costurero y planchador, ropería y baño. El área de servicio contaba con caballerizas y cocheras, ubicadas al fondo del predio y cuando había sótano, se ocupaba para habitaciones del servicio*.

Por su parte, las casas de la burguesía se construyeron con planta arquitectónica en forma de «C», también denominada de alcayata, la cual partía de la división del tradicional claustro por la mitad. Ortiz Macedo las describe así: *Casa*

de dos pisos, con cochera, despacho, y servicios en planta baja y sala, comedor, cocina, tres recámaras, hall *y dos patios, vestíbulo estrecho con óculo sobre la puerta para la burguesía media distinguida. Este modelo se desarrolló sobre todo en la colonia Roma* [ya en el siglo XX]. En las casas con mayores ingresos se podían añadir jardín, caballeriza, alacena, asistencia, cuartos de servicio; mayor ornamentación en la fachada y un vasto número de ventanas. Herencia de esta vertiente, se encuentra ahí la casa que perteneciera al cronista emérito de Ciudad de México, hoy Museo Soumaya.Casa Guillermo Tovar de Teresa.



Planta señorial con sótano
1. Calle
2. Acceso
3. Jardín
4. Patio de servicio
5. Terraza
6. Escaleras
7. Recibidor
8. Sala
9. Despacho
10. Recámaras
11. Comedor
12. Cocina
13. Baño
14. Habitaciones de servicio



Planta en forma de «c» o «de alcayata»

1. Entrada
2. Vestíbulo
3. Recámara principal
4. Salónes
5. Baño
6. Alacena
7. Comedor
8. Habitación
9. Estudio
10 Jardín
11. Entrada de caruajes

Recámara principal | Casa Guillermo Tovar de Teresa, La Roma [México] | Fotografía Agustín Garza

Los trabajadores habitaron viviendas multifamiliares denominadas vecindades. Organizadas a partir de un patio común, cada casa contaba con uno o dos cuartos, los cuales albergaban a varios integrantes del núcleo familiar. Pozos, lavaderos, tendederos y letrinas eran parte de los servicios comunitarios.

El desarrollo industrial promovido por el gobierno del general Díaz permitió la entrada de México a la modernidad. Sin embargo, las difíciles condiciones laborales en las fábricas y haciendas profundizaron las diferencias sociales. Las familias campesinas y obreras vivían en condiciones de hacinamiento y carencia, que eventualmente contribuirían a sumarse a la lucha revolucionaria.

Ajuar doméstico

Los salones contaban con vitrinas de exposición de distintos niveles para mostar la plata, la porcelana o la talavera, no obstante, estos espacios de pocos muebles que no contaban con grandes decoraciones, ni cortinas, se aderezaron con una profusión de sofás, sillones, sillas, adornos, candeleros de cristal, espejos venecianos de gran tamaño, floreros en grandes capelos, relojes de mesa y tibores chinos. Muros y techos recubiertos de yesería pintada decoraban los espacios; los entarimados de madera cubrieron los pisos de las habitaciones interiores mientras que en salones y recibidores, el mármol fue la elección. Los jardines con abundante pero cuidada vegetación

contaron con fuentes, bancas y, en las grandes mansiones, hasta grutas y lagos artificiales. Pinturas de paisajes alternaban con imágenes religiosas en marcos dorados y plateados. Aún se conservaron los canapés de tres pies, baldaquines y biombos en sus modalidades de rodaestrados y de cama, los cuales, como menciona el investigador Enrique Ayala Alonso *fueron parte importante del menaje doméstico, sobre todo cuando la intimidad fue siendo demandada. Aislaban de la vista, protegían del viento y sirvieron para retratar escenas gloriosas de la familia y cuadros históricos o de la vida cotidiana*.

El mercado de exportación europea permitió que desde mediados del siglo XIX llegaran a México novedosos productos manufacturados provenientes de Reino Unido así como artículos suntuarios de Francia. Para las clases medias se desarrolló una importante industria mobiliaria que imitó o se inspiró en los estilos extranjeros a partir de catálogos.

Los muebles ingleses eran menos vistosos que los franceses pero más cómodos; acojinados y forrados de terciopelo, se adaptaban mejor al cuerpo como los Reina Ana y Chippendale, de aspecto más ligero. También se introdujeron los de corte neoclásico, de líneas esbeltas y con motivos grecorromanos, que dejaban atrás el estilo Barroco que durante mucho tiempo fue preferido.

Biblioteca | Casa Guillermo Tovar de Teresa, La Roma [México] | Fotografía: Agustín Garza

En la publicación *Los mexicanos vistos de cerca* (1887), la escritora norteamericana Fanny Chambers describió así la casa porfiriana: *Las cortinas son de primera necesidad en una casa bien arreglada, y ornan todos los vanos, los grandes espejos son indispensables y, una gran luna ocupa invariablemente un lugar sobre el sofá de la sala, en tanto que otra cuelga en el muro opuesto, directamente*

sobre el que uno está usando. [...] *El inusual número de sillas en la mayoría de las casas es sorprendente,lo que sugiere las frecuentes ocasiones de reunión.* [...] *El mobiliario de las salas de los ricos es extremadamente atractivo; con alfombras del correspondiente estilo, si bien los muebles de uso más general están hechos con armazones de madera tapizados con telas de colores brillantes.*

Las habitaciones privadas

La recámara principal se convirtió en el espacio de intimidad por excelencia, aquel que conjugaba el descanso con los deberes maritales. Como indica la investigadora Olivia López Sánchez: *Las reglas sociales derivadas del capitalismo decimonónico prescribieron una conjugación de íntima correspondencia entre amor, sexo y matrimonio. El amor fue a partir de entonces un proyecto de vida para las mujeres y una manera de encontrar un sitio en esa nueva organización social en la que el espacio doméstico se constituyó en la piedra de toque de la reproducción biológica y social.* Un valioso ejemplo lo encontramos en las *Memorias de Concepción Lombardo de Miramón*, quien describe su adhesión a esta forma de vida: *«Asi hubiera querido ser, como esta muger que fue una gran artista». Mi esposo me sonrió y me dijo, «Celebro que no lo hayas sido, pues no me hubiera casado contigo».*

Así, esta habitación se asoció con lo femenino por medio de la suavidad de las telas, encajes, almohadas y colchón, ya fuera el tradicional relleno de lana o el entonces recién salido al mercado norteamericano, de resorte de alambre entretejido. La decoración con la influencia parisina que tanto agradó a las élites mexicanas brilló en las camas de latón con elaboradas cabeceras, espejos, lámparas, tapices y cortinajes de factura extranjera.

El despacho

Además de los inmuebles gubernamentales, era poco común encontrar edificios de oficinas para los hombres de negocios. Estos atendían sus asuntos desde sus despachos particulares. En este espacio de la casa, el jefe de familia recibía a clientes, socios e incluso podía contar con algún empleado permanente. Aunque no eran exclusivos de la familia, eran sitios reservados en donde se guardaban documentos importantes, fe de bautismo, testamentos, contratos, títulos de propiedad, disposiciones legales y cuentas, entre otros, por lo que se consideraba un lugar privado.

Anónimo europeo | ***Retrato de una dama*** | c 1900 | *Gouache* sobre lámina de marfil | Imagen en tamaño real | Fotografía: Javier Hinojosa

Asociado con un quehacer intelectual, el despacho o estudio fue el sitio de la vivienda donde se hizo notoria la influencia del Positivismo decimonónico. Amueblados con escritorios, sillas y libreros, se incluyeron elementos como globos terráqueos, mapas y obras de arte clásico. Al tiempode reflejar la masculinidad del propietario, pretendían mostrar su interés por el orden social, político y económico. En los escritorios se guardaban, no sin recelo, desde las miniaturas familiares hasta las eróticas, que convivieron con las primeras fotografías.

Escuela francesa | **Juego de escritorio estilo Imperio** | c 1850 | Bronce y cristal | Fotografía: Javier Hinojosa

Servicios sanitarios

Desde la época mesoamericana, Tenochtitlan contaba con acueductos que distribuían el agua a través de los manantiales de Chapultepec y Cuajimalpa. Tras su llegada, los españoles aprovecharon y complementaron esta infraestructura con surtidores, pozos, fuentes, pilas y cajas localizadas en plazas públicas, jardines, claustros, patios de casas, sitios donde los pobladores tomaban el preciado líquido para acarrearlo hasta sus viviendas. El abasto se complementaba con la recolección del agua de lluvia y los servicios de los aguadores, quienes la transportaban directamente a las casas en un recipiente llamado «chochocol».

Aunque el agua se almacenaba en barriles, piletas y pozos, su utilización para la higiene personal no era una costumbre muy arraigada hasta bien entrado el siglo XIX. Derivado de preceptos religiosos que conferían tintes pecaminosos al contacto con el propio cuerpo, el aseo completo se espaciaba a un par de veces al año. En las recámaras se utilizaban los bacines para las micciones y deposiciones, así como la jofaina y el aguamanil para el lavado de manos, cuello y rostro. La frase «hacer aguas» significaba orinar, «aguas menores» orina y «aguas mayores» excremento. Los desechos eran arrojados a la calle, previa advertencia de «¡aguas!» o «¡agua va!». Tras los descubrimientos médicos en torno a la limpieza como fuente para evitar enfermedades, paulatinamente en las viviendas de las clases medias y altas se reservaron espacios exclusivos para lo relacionado con el aseo y el baño. En un principio carecieron de luz y ventilación natural, pero cambiaron paulatinamente a cuartos cubiertos de azulejos equipados con tinas de hierro fundido y esmaltado así como lavabos de porcelana. Por su parte, las evacuaciones se llevaban a cabo en los «lugares comunes», también llamados «beques» o «secretas», prototipos de excusados y letrinas que se confinaron a los patios posteriores y con acceso al drenaje expuesto.

Cocina

Los cambios en la cocina fueron más lentos que en el resto de la vivienda. Se siguieron ocupando los tradicionales utensilios de herencia indígena, española y asiática como comales, metates, molcajetes y tejolotes, tazones, jícaras de guaje, canastos, cazuelas, ollas y cántaros. Lo común eran las cocinas de humo, llamadas así porque se utilizaba leña para cocinar, que llenaba las paredes de hollín. Solían contar con un espacio entre el techo y el muro, o bien, una chimenea para disipar el humo y estaban construidas con tejamanil, adobe o tepetate. Con los avances tecnológicos aparecieron los fogones

Cocina | Anexo Meson de Jobitos, Zacatecas [México] | Fotografía: Dania Escalona

de hierro, que encerraban el fuego por completo, y hacia 1825 se inventó el fogón de gas, aunque tardaría años en llegar a las cocinas mexicanas.

El siglo XIX fue testigo de la transformación de la casa colonial en la moderna. En los hogares del antiguo régimen se diluía la diferencia entre lo público y lo privado debido a la cercanía de la casa con la calle, la falta de cortinas, el tránsito continuo del personal de servicio, vendedores y personas ajenas a la familia a través de los patios. En contraste, las viviendas decimonónicas desarrollaron una marcada diferenciación entre lo externo y lo íntimo; lo social y lo familiar. En palabras de Enrique Ayala: *En este contexto lo privado se convirtió en un ámbito privilegiado. La propiedad y la vida privadas se constituyeron en los principales baluartes del Estado y se defenderían ante cualquier amenaza. Es precisamente a través de lo público donde se garantizan las nuevas formas de vida y de propiedad. El hogar es el santuario de ese modo de vivir y la más acabada representación material de esa forma de posesión.*

Espacio público dentro del privado

Dania Escalona Ruiz | Investigación

La vida cotidiana de México durante el siglo XIX heredó esencias virreinales y se nutrió de visiones de proyectos de nación tanto liberales como conservadoras. La necesidad de ser reconocido como un país libre conllevó una transición que subraya la identidad patriótica. Sin ser plenamente conscientes aquellos mexicanos forjaron la nueva identidad nacional.

El espacio público dentro del privado fue donde se desenvolvió gran parte de la vida social. Estos lugares no estaban dedicados a la intimidad a pesar de que formaran parte del hogar. Las residencias de las familias de los oficiales del ejército, funcionarios del gobierno, comerciantes, mineros o hacendados contaban para convivir con un vestíbulo o *hall*, salón, antesala o recibidor, comedor, cuarto de costura destinado a ser un espacio femenino, y jardines. Del mismo modo en ocasiones el cuarto de fumador era donde los varones hacían la sobremesa.

Como se refiere en *Historia de la vida cotidiana de México*, regularmente los salones y el recibidor daban a la calle y, al ser los lugares en los cuales se recibía a las visitas, estaban decorados con gran lujo, elegancia y delicadeza. Espejos venecianos, damascos antiguos, cortinajes, mesas y mesitas esquineras, sillones, bellos y finos enseres domésticos, así como exquisitas pinturas de artistas de la talla de Clavé, Pingret, Egerton, Landesio, Arrieta, Santiago Gutierrez, Cordero, Rebull o Salomé Pina.

Durante las primeras décadas del México independiente, las relaciones con Inglaterra y

Fotógrafo por identificar | Salón 2 | Casona Mier y Pesado [Residencia Familia de Teresa] | c 1880

Escocia hicieron que el intercambio comercial y cultural estuviera presente entre la sociedad. Muchos de los manuales de urbanidad como los de José Joaquín de Mora (1824) dictaron el comportamiento y las *buenas maneras* influenciadas por modales franceses y posteriormente de la aristocracia británica. En 1853, los valores victorianos fueron retomados por Manuel Antonio Carreño para la publicación del manual: *No existe, pues, urbanidad sin virtud: no hai que esperar el hacernos agradables y granjearnos el ajeno cariño, sin*

fecundar nuestro corazón con las dulces inspiraciones que nos vienen del Cielo: no hai que aspirar á la suavidad y elegancia de nuestras maneras, si no nos abrimos paso á la buena sociedad, que es la escuela de las costumbres, con los títulos que ella exige y que tan solo adquirimos dulcificando nuestro carácter y moderando nuestras pasiones; y he aquí por qué hemos creido indispensable, ántes de exponer á la juventud las reglas de la civilidad y de la etiqueta, presentarle los principios eternos de la sana moral, que son los principios generadores de todas las virtudes sociales, y la base de todo órden, de todo progreso y de toda felicidad [sic].

Llevar los saludos fue parte nodal entre la sociedad mexicana. Las visitas de rigor se realizaban antes de la comida e iban acompañadas de rosquillas y alguna copita de vino o licor anisado; aunque también después de la siesta se podía llegar de manera sorpresiva a casa de parientes, amigos o de los recién llegados a la capital. En 1839 *madame* Calderón de la Barca narró su experiencia a su llegada a Ciudad de México: *a mí me parece que algunas de las visitas de los mexicanos exceden en duración todo cuanto pudiera una imaginar acerca de una visita, pues que rara vez duran menos de una hora, y a veces se prolongan hasta ocupar una buena parte del día. Un individuo* [...] *cuyo nombre ni siquiera alcancé a oír, vino ayer poco después del desayuno; se estuvo sentado, ¡y se quedó a comer con nosotros un retrasado almuerzo! Esto no se debería llamar visita, sino perseverancia, aún confío que no ha de ocurrir con frecuencia el que se llegue a tal extremo. Casa abierta y mesa puesta para vuestros amigos, entre los cuales quedan incluidos aun aquellos que conocéis solo de vista; estas son las trasplantadas costumbres de la hospitalidad española.*

Fotógrafo por identificar | **Comedor** | Casona Mier y Pesado [Residencia Familia de Teresa] | c 1880

Comedor, sobremesa y cristal

El comedor fue el espacio en el que amigos, familiares y visitas importantes degustaban de meriendas, cenas o banquetes. Para poner la mesa, de armarios, muebles de trinchador y vitrinas se sacaban la cubertería de plata y la mantelería hecha de linos de damasco, que podía tener bordados y encajes alemanes, o la de manta, utilizada en la mayoría de las mesas de clase media mexicana. Los enseres iban desde vasos y platos de cerámica o vidrio soplado, hasta fuentes, platones de porcelana china y jarras también de plata. Alrededor se disponían sillas y más allá, taburetes. Ya sentados, los comensales disfrutaban el menú dispuesto por la señora de la casa, acompañado de aguas frescas y un pulque servido en un típico vaso de pepita para acompañar un delicioso manchamanteles.

Para continuar con la sobremesa, se pasaba al salón de fumador donde se deleitaba con un puro o un cigarrillo, un oporto o un buen coñac mientras se discutía el tema político del momento, al tiempo y como señaló la condesa Paula Kolonitz en su visita a nuestro país, las damas se reunían en el salón de bordado para conversar y compartir los dechados de las jovencitas.

Las familias contaban con servicios completos de cristalería: doce copas de agua estilo borgoña, burdeos, champaña, oporto y coñac, acompañadas de jarras y recipientes para decantar. La decoración de dichas licoreras, vasos y copas, en ocasiones se realizaba con la llamada *zwischengoldglas* –técnica germana en la que

Trabajo mexicano | Vaso pulquero de pepita | c 1800–1830 | Cristal soplado a molde | Fotografía: Javier Hinojosa

Trabajo francés del servicio de Porfirio Díaz [1830–1915]**, conmemorativo del Primer Centenario de la Independencia de México | Licorera con tapa** | 1903 | Cristal de Baccarat | Fotografía: Javier Hinojosa

se decoraban dos vasos de distintos tamaños con hoja de oro y plata, sellados por el borde–. Otro ejemplo lo podemos apreciar en la cristalería requerida por Porfirio Díaz para ser utilizada en los banquetes de recepción en Palacio Nacional y presente dentro del acervo de Museo Soumaya. El Escudo Nacional fue grabado con punta de diamante por la casa francesa de Baccarat.

Trabajo europeo | Abanico plegable de amplio vuelo con escena galante (anverso) **y marina** (reverso) | [c 1860–1890] | País pintado al *gouache* sobre papel. Varillas y guardas de concha nácar calada, esgrafiada y dorada. Roseta de metal con piedras | Fotografía: Luis Enriquez

Tertulia, convite y agasajo

El orgullo nacionalista se creó a partir de costumbres novohispanas y en ocasiones incluso de herencia mesoamericanas. El historiador Antonio Rubial denomina a esta "nueva" cotidianidad como *retazos de vida*, ahí donde *la sociedad se codea con el pasado y se manifiesta a través de las fiestas, celebraciones: un mundo lleno de imágenes, flores, música*. Las reuniones o tertulias son diversiones familiares que se compartían con vecinos y amigos. Se realizaban de manera periódica en salones, jardines o

Thomas Alva Edison | Para National Phonograph Company | *Fonógrafo Edison Grand Concert*, modelo único | c 1899-1901 | Mecanismo de fonógrafo con caja de tapa de madera | Fotografía: Javier Hinojosa

halls, y se comentaban acontecimientos políticos, algún escándalo de la burguesía, cuestiones históricas o artísticas, así como cualquier tema que interesara a los presentes.

El baile de los compadres embelesaba a las familias. En él se seleccionaban de manera azarosa y con previa aprobación de los padres, las parejas de jóvenes que iniciarían el futuro "compadrazgo". La organización de un evento de esta envergadura requería de tiempo y gran logística. Las invitaciones se enviaban con choferes. Se seleccionaban menú, mientras que las damas de la casa escogían cuidadosamente la decoración y flores de los espacios, al tiempo que dedicaban gran parte de sus días en elaborar o supervisar el ajuar que vestirían. Esta podría ser la ocasión de encontrarse con el pretendiente perfecto. El uso del abanico y sus códigos era todo un lenguaje silencioso. En México se utilizó el código francés y el español.

Según la edición de 1887 de Montaner y Simón, así como los trabajos de la investigadora Eva Ayala apuntan que, si la mujer lo apoyaba abierto sobre el pecho a la altura del corazón, quería expresar *te amo* o *soy tuya de por vida*. Si la dama se equivocaba y los deslizaba detrás del preciado accesorio, entonces corría el riesgo de evocar lo que en Francia significaba *vete por favor*. Algunos gestos eran más comunes: abanicarse despacio significaba que la dama no podía ser conseguida; *me eres* indiferente, en Andalucía, o estoy casada, dirían en París. Ofrecer el abanico era como entregar la confianza: *me agrada usted mucho*.

A veces había músicos para el baile o la serenata; otros convites utilizaban pianolas, y a fines de siglo, la modernidad salió de la bocina del fonógrafo y la noche terminaba en uno de los salones con un buen tresillo, naipes en el que participaban tres jugadores, cada uno de los cuales recibía nueve cartas y resultaba ganador en cada lance quien lograba un mayor número de bazas.

La investigadora María Esther Pérez Salas refiere que *algunas de las mujeres se integraban a los juegos de cartas o disfrutaban charlando y observando las cuadrillas de baile que se organizaban de manera espontánea mientras fumaban cigarrillos*. Fumar era

muy popular entre las mujeres, hábito heredado de la época novohispana; después del Segundo Imperio la práctica pasó de moda entre las señoras de la aristocracia.

Otros espacios

Lugares menos concurridos, pero no menos públicos fueron los salones de pintura o lectura. En ellos, parientes y amistades cercanas leían revistas de moda como *Seminario de las señoritas*

mexicanas (1840-1842), *El presente amistoso* (1847-1852), *Las Violetas del Anáhuac* (1887-1889), *Cancionero de las señoritas mexicanas* (1847) o diversos calendarios como los de Ignacio Cumplido (1836-1850), Abraham López (1858-1865) o el *Primer calendario de la mujer que ríe* (1882), en los que se publicaban temas relacionados con bailes sociales, problemas típicos de la vida conyugal, costumbres, recetas, moda, algunos poemas, oraciones, así como defunciones y entierros. Maestros e institutrices enseñaban a las jovencitas de la casa historia universal, idiomas, piano, baile, y los *rudimentos de la pintura*. En el prefacio de *Cartas sobre la educación del bello sexo* se hace referencia a las ventajas que tiene la educación inglesa al *no excluir en manera alguna la parte de adorno que tanto se cultiva en Francia.* [...] *Y no omite formar el corazón y el entendimiento de las jovenes, asi como para dar realce a sus gracias, y aumentar los medios que la Naturaleza les ha dado de hermosear la Sociedad, y apoderarse del cariño* [sic]. Otro ejemplo de ello es el cuaderno de apuntes de historia de Susana Ynocencia de Teresa y de Teresa, bisabuela del cronista emérito Guillermo Tovar de Teresa. En algunas páginas se lee, en castellano y francés, los nombres de personajes clave en el mundo, incluida *alguna que otra receta*.

Se podría decir que los ideales y costumbres del México independiente se gestaron entre salones y comedores; entre rosquillas y licores. A lo largo del siglo XIX la sociedad mexicana, que heredó de su pasado virreinal el enorme gusto por compartir momentos en las tertulias y reuniones familiares, continuó ese legado con vecinos, amigos y quien quisiera entrar al convite.

Anónimo mexicano | ***Retrato del capitán Pedro Marcos Gutiérrez, su esposa Rafaela Belaunzarán y sus hijos María Ventura y José Miguel*** | 1814 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Rostros decimonónicos

Alfonso Miranda Márquez | Dirección

En inquietud, como el mar,
Y sin dejar de sufrir,
Ni es mi descanso dormir,
Ni me consuela llorar.
En vano quiero ocultar
Lo que el pecho infeliz siente;
Tras cada sueño aparente,
Tras cada mentida calma,
Hay más sombras en el alma,
Más arrugas en la frente.

Guillermo Prieto, *el Poeta de la Patria* (1818-1897), político, novelista, cronista y vate mexicano, «Ensueño» en *Versos inéditos*, 1880

Reafirmarse ante la amenaza del cambio, del paso del tiempo y de la muerte. Símbolo del individuo, el retrato se ha convertido en un género pictórico de largo aliento en la estética nacional.

La historiadora de arte Inmaculada Rodríguez Moya señala que el siglo XVIII marcó el despunte del retrato civil. *¿Por qué cobran tanta importancia estas mundanas representaciones? La razón puede estar en la creciente secularización de la sociedad, en la penetración de las ideas ilustradas, que de nuevo ponían al hombre como protagonista del mundo, en el crecimiento económico del siglo XVIII que favorecía la formación de grandes fortunas, la fundación de mayorazgos, y en el desarrollo de la conciencia criolla, que ponía de relieve las particularidades de los "mexicanos" frente a los peninsulares.* [...] *Así, el retrato resulta en una incipiente entrada de México en el Romanticismo clasicista que creará un estilo nacional.*

José Agustín Arrieta | ***Familia del general don Felipe Codallos*** | c 1838 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa:

En la pinacoteca de Museo Soumaya desfila la nobleza criolla que fundó el México independiente.

La mirada romántica

Para lograr la difusión del arte e incorporar las novedades estilísticas francesas de la Academia de San Fernando de Madrid, en 1778 se creó el prestigiado Colegio de las Tres Nobles Artes de San Carlos, dedicado a preparar pintores, escultores, grabadores y arquitectos. Así, el género del retrato, en palabras de la investigadora Rodríguez Moya, *representó al individuo destacando su importancia personal y su oficio, en detrimento de su importancia estamental.*

Hacia 1846 llegó a México el catalán Pelegrí Clavé, quien asumió la cátedra de pintura en san Carlos bajo los nuevos estatutos. Conocido en los anales estéticos como «Pelegrín Clavé», había destacado en la Academia de san Lucas en Roma.

Pronto, la Academia abrió la enseñanza al género femenino, *pues anteriormente* –refiere Natalia Lomelí– *las mujeres aprendían a pintar en clases particulares, como un pasatiempo que denotaba estatus y, desde luego, era un privilegio para la clase social alta*. Guadalupe Carpio fue una de las primeras alumnas, quien apoyada por su padre Manuel Carpio, poeta y empleado de San Carlos, mostró su obra

Pelegrín Clavé | ***Retrato de una dama*** | 1849 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

en veinte exposiciones académicas y en la Internacional de Filadelfia, EE.UU. En el retrato de género destacó Pilar de la Hidalga, hija del arquitecto don Lorenzo de la Hidalga. Ella participó en siete exposiciones carlinas, además de

Pelegrín Clavé | ***Retrato de una dama*** | 1834 | Pastel sobre seda | Fotografía: Javier Hinojosa

la de Chicago, en 1893. Probablemente obras anónimas dentro del acervo de Museo Soumaya podrían pertenecer a creadoras que pese a los estudios a partir de la década de los años ochenta del siglo XX, aún apremian revisiones historiográficas.

Arte independiente de la Academia

Afirmación regional de actores sociales que no estaban vinculados con la capital y que exigieron el desarrollo paralelo de un género de retrato, con frecuencia calificado de ingenuo, derivó en uno de los más ricos e importantes capítulos de la estética del México independiente, el llamado «retrato psicológico».

Talleres de tradición gremial alejados de los cánones europeizantes que Dr. Atl clasificó como «arte popular», fueron reestudiados como arte independiente de la Academia por el referencial crítico Justino Fernández en *El arte moderno en México* (1937). Por primera vez se registraron los nombres de José María Estrada o José Agustín Arrieta.

Para 1944 Francisco de la Maza, al referirse a la estela de creadores y con mayor énfasis a Estrada, defendió que *la vertiente regional y costumbrista es sin duda el más cercano ejemplo del Romanticismo en el arte.*

Burguesía provinciana, con su mejor ajuar y en absoluta veracidad en los rasgos fisionómicos, se distanciaron del retrato académico, pues los artistas jamás intentaron idealizar al retratado ni ocultar cualquier defecto.

Hieratismo, manos escondidas, perspectivas forzadas, fondos indeterminados, drapeado de calidades disímiles contrastan con miradas incisivas que retan al espectador.

En 1834 se organizó nuevamente la Academia de Bellas Artes de Guadalajara y se incorporó a la Universidad. Con los nuevos estatutos asumió la dirección José Antonio Castro, quien había formado parte de la Academia de San Carlos. Su hijo, Felipe Castro, fundaría la Sociedad Jalisciense de Cultura.

Auspiciada por el gobernador de Jalisco, Prisciliano Sánchez, la Academia de Dibujo, Escultura, Pintura y Arquitectura de Guadalajara encontró en José María Uriarte al maestro de una generación de pintores entre los que destacan Abundio Rincón, Félix Zárate, José María Mares y quizá el más reconocido, el ya citado Estrada.

Por su parte, Francisco Eduardo Tresguerras, también alumno de San Carlos, llevó el Neoclasicismo no sólo a proyectos arquitectónicos sino que exploró con éxito la pintura en Guanajuato y Puebla.

Algunos artistas como Juan Cordero o Felipe Santiago Gutiérrez completaron su formación en las aulas de San Carlos e incluso en el extranjero. En el caso de la escuela poblana, José Manzo y Jaramillo, quien se integró al equipo de la primera embajada mexicana en el Vaticano, viajó por los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. Su influjo resultó fundamental en la educación de los artistas regionales.

Felipe Santiago Gutiérrez | ***Doña Teresa Pliego*** | 1848 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Hermenegildo Bustos | ***Matías Aranda*** [1824–¿?] | 1892 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Javier Hinojosa

Entre los retratos de familia, uno de los notables ejemplos es el de la dinastía del capitán de granaderos don Manuel Solar Campero, antes del fallecimiento de su primera esposa, doña Josefa Magro y previo a su segundo compromiso con María Josefa de los Reyes Mimiaga el 29 de abril de 1810. Asimismo, el retrato intimista del capitán Pedro Marcos Gutiérrez muestra al ingeniero militar, quien instruye –compás en mano–, a su hijo José Miguel en el arte de la guerra. Por su parte, su esposa Rafaela Belaunzarán, vestida en moda imperio, enseña a la pequeña María Ventura las labores del bordado. El lujo no se encuentra en la sobria casa habitación sino en la indumentaria.

En el ecuador del siglo XIX, el francés Édouard-Henri-Théophile Pingret, quien recibió la influencia de Regnault, Gericault y Delacroix, llegó a México en 1850, luego de que la Revolución de 1848 *le arrebatara fama y fortuna*. Posterior a una estancia en La Habana se trasladó a Veracruz, donde gracias al cónsul honorario de Francia, Adrian Guillaumin, llamó la atención de terratenientes y comerciantes de Jalapa, Córdoba y Orizaba. Pingret incorporó un género que no había sido explorado por los artistas locales; así, el Costumbrismo, el folclor y las tradiciones encontraron tierra fértil en el escenario nacional.

Sin duda, José Agustín Arrieta descolló en el imaginario estético. Alumno de

L. Zendejas, S. del Huerto, los hermanos Caro y José Manzano, el maestro Arrieta dominó los encargos de Puebla y Tlaxcala.

El retrato psicológico

En Guanajuato, señalado por el coleccionista Gonzalo Obregón, Juan Nepomuceno Herrera, sin registros hasta ahora encontrados, se ha inscrito en los anales estéticos por su calidad académica. No obstante fue José Hermenegildo de la Luz Bustos quien ha llamado la atención de investigadores, críticos y público. Un calendario encontrado por el escritor y diplomático Francisco Orozco Muñoz despertó el interés en el autor. Fue Diego Rivera uno de los primeros artistas en notar la fuerza de sus obras, lo que dio lugar a que fuera incluida en exhibiciones de arte mexicano en el Museo de Arte Moderno de Nueva York (1940) y en el Palacio de Bellas Artes de Ciudad México (1951).

Cronista visual, conocemos a través de sus retratos a los sencillos vecinos de Purísima del Rincón, hoy de Bustos. *Mayoritariamente mestizos de clase baja*, señaló Justino Fernández. Las láminas de cobre o zinc eran vendidas a seis u ocho pesos. *Retratos directos, francos* [...] *en una técnica depurada, naturalista, con algunos fallos anatómicos*, refirió Raquel Tibol.

Walter Pach, en su ensayo *Descubrimiento de un pintor americano*, analogó la intensidad expresiva de Bustos con *los retratos egipcios de Fayum en los primeros cinco siglos de nuestra era*.

Don José E. Iturriaga relató: *Les voy a contar una anécdota poco conocida del que firmaba como* Yo indio de este pueblo*: Bustos se sostuvo primero como nevero y se proveía del hielo acumulado en las pencas de los magueyes durante el invierno, la que enterraba en un pozo cubierto de paja y la vendía con limón en el verano*. En palabras de Octavio Paz, [Bustos] *no deja de maravillarme, era curandero, hortelano, prestamista, músico, hojalatero, maestro de obras, carpintero, escultor, pintor...* La fuerte carga psicológica de los habitantes de Purísima del Rincón hacen de Hermenegildo un creador de la *vera icon*, verdadera imagen de tintes liberales de un pueblo alfarero y textilero, que fabricaba sombreros de lana y de palma y cuya fama hoy es patrimonio nacional.

Esta galería de rostros nacionales abreva en el artificio, la proyección y la autorrepresentación. Todos se colocaban en el espacio público de la casa. Desde el salón de recepciones y las estancias, se encargaban junto a las vitrinas de crear linaje y quién hablaba, en realidad no lo hacía a título personal, sino en la suma histórica familiar. Tradición que pervive en muros cuajados de fotografías que muestran identitariamente, quienes fuimos para con esa herencia, proyectar futuro...

El retrato en el espacio íntimo

Dentro del universo del retrato, un subgénero que se cultivó con profusión y detalle al extremo fue el de las miniaturas. Pinturas en *gouache* sobre marfil forman parte de un universo de objetos que son a la vez testigos de intimidad en el pasado, y que evocan una manera única de resguardar con fervor la memoria del otro, refiere la investigadora Mónica López Velarde. Rostros de civiles, militares y eclesiásticos se conservaban cerca del corazón; destaca el rostro de una dama mexicana que a su vez porta una miniatura de un soldado realista.

Técnicas minuciosas en el puntillismo cerrado y aplicado con la punta del pincel, conocido por los ingleses como *stippling*, o bien con pinceladas largas en paralelo o entrecruzadas llamadas *hatching*, todas abrevan en el repertorio mexicano de artistas cuyos nombres no han llegado a nosotros.

Héroes patrios, rostros melancólicos, bravíos, sin un ojo, actitud de desparpajo e incluso una dama que por el intenso dolor de muelas fue retratada con un pañuelo en la mejilla, completan la galería de rostros de compatriotas liberales y conservadores.

Si bien se portaban en el espacio público por damas –en aderezos y broches que pendían de cuellos y faldones–, a los militares les permitía llevarlas en travesía. Estas efigies en el interior de los hogares, se conservaban en los escritorios y cómodas de los despachos y las recámaras.

Anónimo mexicano | ***Retrato de una dama que porta una miniatura*** | c 1815 | *Gouache* sobre lámina de marfil. Medallón de latón y vidrio convexo | Imagen en tamaño real | Fotografía: Javier Hinojosa

Pequeños adultos

Ana Paula Robleda Betancourt | Comunicación

Tiene la infancia modos de ver, pensar y sentir, que le son peculiares; no hay mayor desatino que querer imponerles los nuestros...
Jean Jacques Rousseau (1712-1778), filósofo, pedagogo y humanista francés ilustrado, en *Emilio o de la Educación*, 1762

Desarrollo industrial, viajes de exploración, avances científicos y de comunicación y movimientos nacionalistas, así como de independencia, hicieron del siglo XIX el inicio de grandes cambios enmarcados en la modernidad, que permitieron construir nuevas formas de convivencia.

A partir de la Ilustración, el niño –como lo describió Jean Jacques Rousseau– *bueno por naturaleza*, fue concebido como un ser inocente, en ocasiones débil o indefenso. Aunque los infantes eran tratados como hombres o mujeres en potencia pues todas sus acciones iban en función de quienes serían de grandes, desde fines del siglo XVIII la niñez comenzó a llamar la atención de filósofos y "pedagogos", quienes entendían que los pequeños tenían necesidades particulares y que pasaban por diversas etapas de crecimiento y formación antes de convertirse en adultos. Con el posterior surgimiento de la burguesía, los niños serían tratados como los modernos ciudadanos del futuro. Incluso en el arte cobraron importancia los retratos infantiles que detallaban con mayor fluidez los rasgos de los pequeños, a diferencia de épocas anteriores en que los rostros eran realizados a partir de la idea de un adulto empequeñecido. Si bien el cambio no se dio en un abrir y cerrar de ojos, inició el genuino interés de pensar en los niños para mejorar su proceso educativo y por lo tanto de su condición de vida.

En Europa como en América los desarrollos científicos y tecnológicos revolucionaron la vida cotidiana. Sin embargo, en México el cambio drástico

Mesas | ***Retrato de una niña*** | 1832 | *Gouache* sobre lámina de marfil |
Fotografía: Javier Hinojosa

por las innovaciones se fusionó con el inicio de una nación independiente conformada por diversas culturas.

Los niños repetían los roles sociales y familiares que les correspondían. Su alimentación y vestimenta no se diferenciaban de la de sus padres. Obediencia, responsabilidad, disciplina y el aprendizaje del oficio heredado garantizaban que antes de los quince años pudieran integrarse a la vida laboral, de ahí que en los momentos de esparcimiento, los juegos forjaran el carácter y el entendimiento de los roles que adoptarían conforme crecieran.

Como apunta el investigador Alfonso Miranda: *los juguetes mexicanos tienen las herencias más ricas, desde el pasado mesoamericano –con su amplia y compleja producción en miniaturas, representación de lo que sucedía en el mundo–, y la vertiente europea que ya había asimilado las culturas orientales y africanas, hasta las que se derivaron del espíritu de una nueva realidad. La Conquista trajo innovaciones tecnológicas que en el Virreinato adquirieron diferentes significados en mestizaje con el imaginario ancestral. En el caso de los juguetes, los intensos colores americanos iluminaron a las muñecas, y a las finas porcelanas se sumaron modestos materiales como el cartón. Mejillas chapeadas y vestidos pintados sobre el torso conviven hasta hoy con juguetes de barro, madera, hojalata, trapo, palma, vidrio o hueso, que se niegan a desaparecer*. Así, para las niñas aquellas muñecas representaban el medio para el desarrollo de la

conciencia maternal, mientras que el soldadito de plomo preparaba a los varones que formarían parte de la milicia.

Los hijos de las clases altas abandonaron los trabajos familiares para asistir a la escuela; después de todo, el progreso era el motor de la nueva sociedad. Los varones de entre 8 y 16 años, de áreas rurales y de familias de clases más desprotegidas, eran enviados a los campos de batalla durante las luchas entre liberales y conservadores, así como en las intervenciones extranjeras. Según anota el investigador Raymundo Alva Zavala: *a partir de esa edad, ya se les tomaba en cuenta como parte de la «gente de razón», porque durante el siglo XIX las condiciones sanitarias no eran tan favorables, y ello repercutía en índices de mortandad infantil extremadamente altos.* Al igual que sus madres, las niñas se encargaban de preparar alimentos para el ejército o de las labores domésticas; todavía más importante fue su responsabilidad de transmitir la historia de forma oral, así como preservar las tradiciones indígenas a través de labores manuales como bordados y tejidos.

Moda infantil

Las prendas de los más pequeños no hacían distinción de género e imperaron en colores neutros hasta los seis años. De acuerdo con la investigadora Eva Ayala, *durante los siglos XVIII y XIX, niñas y niños utilizaron corsés de varillas con huesos de ballena que impedían la movilidad*

Anónimo jalisciense | Retrato de niña con muñeca | c 1830–1862 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Boris de Swan

Anónimo jalisciense | Retrato de niño con valero | c 1830–1862 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Boris de Swan

y hasta la respiración, con el doble propósito de corregirles la postura y modelar el cuerpo acinturado. La vestimenta nunca se diseñó para satisfacer las necesidades de los niños, sino que se hizo según los dictámenes de moda, las prendas del decoro y el estilo de sus padres [...] *la Ilustración inclinó el diseño de modas infantil hacia el juego, el ejercicio y la gimnasia, pero, aun así, estas ropas continuaron como una extensión del vestuario de los adultos.*

Los ropones de finos encajes que acompañaron el bautismo en la fe cristiana, usualmente consistían en una prenda blanca con detalles bordados, de herencia familiar. Alrededor de los cuatro meses comenzaban a ser vestidos con ropa corta, hasta la pantorrilla, para que tuvieran mayor movilidad.

Anónimo mexicano | ***El amigo de los niños*** | c 1830-1860 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Sergio Sandoval

En el espacio público, niñas y niños disfrutaban de la kermés, la tanda o la reunión en la plaza en donde no podían faltar la melodía del cilindrero, el rosa del algodón de azúcar, el trino del canario capaz de adivinar la suerte, ni el títere o guiñol de guante, digital, varilla o peana; todos, como apunta el escritor Fabricio Espasande, *forman parte de nuestras primeras memorias infantiles.*

José Escudero y Espronceda | ***Retrato de niño*** [Enriquito] ***sentado entre las piedras*** | c 1870–1905 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Para la segunda mitad del siglo XIX el atuendo de calle variaba: los varones de entre cuatro y ocho años vestían con faldas simples; entre los siete y catorce, llevaban pantalones cortos. Hacia 1860 usaban trajes de calzas con blusas de cuello de encaje y un jubón o túnica encima. A partir de la influencia inglesa, los más grandes portaban chaqueta de lana, camisas de cuello rígido y corbata; el uniforme de marinero empezó a ponerse de moda al igual que el uso de pantalones largos que imitaban los atuendos de los padres.

La indumentaria de las niñas no sufrió tantos cambios. Con los vestidos

Anónimo mexicano | ***Rosita Alamán*** |c 1850-1899 |
Óleo sobre tabla | Fotografía: Javier Hinojosa

se portaron corpiños ajustados y faldas largas con adornos bordados. El detalle que variaba de acuerdo con su edad eran el largo de la prenda; para las pequeñas iba cerca de la rodilla y conforme crecían, llegaba al suelo para evitar asomar el tobillo.

Las primeras letras

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la educación en México, en medio de movimientos políticos y sociales, se convirtió en un medio fundamental para la construcción de la identidad nacional.

Manuel Benito Aguirre, (Autor) | **Vicente García Torres**, (Impresor y editor) | ***El Aprendiz*** | 1843 | Impreso en *Los niños pintados por ellos mismos...* | Fotografía: Javier Hinojosa

Manuel Benito Aguirre, (Autor) | **Vicente García Torres**, (Impresor y editor) | ***Aprendiz de pintor*** | 1843 | Impreso en *Los niños pintados por ellos mismos...* | Fotografía: Javier Hinojosa

Espacios novohispanos como el Colegio de las Vizcaínas para niñas, se mantuvieron en funcionamiento. Amparados en la educación de los conjuntos conventuales, a los más chicos se les enseñaba a leer y los mayores aprendían a escribir, así como a realizar operaciones matemáticas básicas.

Alrededor de 1822 se implementó en México el sistema educativo lancasteriano, que permitía, sin hacer diferencia de edades o grados escolares, atender a un mayor número de alumnos de forma simultánea. En espacios amplios se dividían en grupos de 10 a los 200 niños –en ocasiones más– que conformaban la clase; todo bajo la supervisión de un maestro con el apoyo de «monitores», cargo que asumían los estudiantes más grandes. Se enseñaba a leer, escribir y contar, pero también las obligaciones civiles. Los centros educativos se caracterizaron por adoptar un sistema muy rígido; a menudo se utilizaba el método de premios y castigos. El *Plan de Enseñanza para Escuelas de Primeras* determinaba: *los castigos que se hayan de imponer,*

Trabajo mexicano | **Casa de muñecas** | c 1850 | Madera tallada y policromada, barandales de metal y herrería; ventanas de vidrio. En el interior: acuarela y pintura sobre papel y tabla | Fotografía: Sergio Sandoval

Los corredores son jardines en miniatura. Uno de aquellos corredores conduce al salón, al que se entra después de atravesar una amplia y magnífica antesala amueblada lujosamente. El salón es una pieza en que se respira desde luego ese perfume que no da el dinero sino el buen gusto, es decir, el talento.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), abogado, escritor, periodista, maestro y político mexicano, en *Clemencia*, 1869

podrían consistir en hacer perder á los niños el puesto que ocupan en su clase; en el retroceso á una clase inferior; en mandarles a sentar a un banquillo particular, y en ponerles en la frente ó en las espaldas una banda, coroza ó cartel, que esté escrita, con letras gordas, la falta que el niño hubiere cometido. Estos castigos se impondrán por culpas leves, entre las quales se comprehenden la de llegar tarde á la escuela, la falta de limpieza ó aseo, el decir malas palabras, el no estar atento, y las de ser perezoso ó respondon.

Hasta 1836 la creación de centros escolares no representó una prioridad; se adaptaron templos, habitaciones de las viviendas e incluso hospitales. Las «Escuelas de Amiga», que tenían la función de lo que hoy se denomina «jardín de niños» y estaban a cargo de mujeres sin una preparación en particular, recibían a varones de entre los 3 y 7 años y a niñas de entre 3 y 12 años,

Trabajo mexicano | **Banca de niños estilo Imperio** | c 1880-1900 | Madera policromada | Fotografía: Sergio Sandoval

a quienes impartían catecismo y buenos modales sin diferenciación de grupos por edades específicas.

Los nuevos centros educativos se ubicaron en los espacios urbanos, aún cuando la mayor parte de la población se encontraba en áreas rurales. Además de una formación conservadora, se velaba más por la enseñanza a varones, pues las niñas no siempre aprendían a leer y era menos frecuente aún que ejercitaran la escritura.

A partir de 1840, tanto en Europa como en México se inició la publicación de revistas y libros dirigidos al público infantil, con cuentos y lecciones de historia, aritmética y ciencias que permitían el aprendizaje y evitaban la memorización. Las ilustraciones en *El Diario de los Niños* (1840), *El Álbum de los Niños* (1871), *El Correo de los Niños* (1872) y *El Ángel de la Guarda* (1879) complementaron el proceso de enseñanza a través de imágenes. Cabe señalar que, al ser adaptaciones de publicaciones europeas o estadounidenses, muchas veces los contenidos no reflejaban del todo la realidad nacional.

Fue hasta 1853 que, debido a la Reforma, se separó la educación de la Iglesia para convertirse en laica; la formación de los nuevos ciudadanos empezó a ser parte de las estrategias y decisiones políticas del México Independiente. Hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX dejó de ser una actividad impartida por completo en casa, para tomar importancia en el espacio público, con miras a la construcción de una sociedad de *orden y progreso*.

Trabajo guanajuatense | **Pareja de niños** | c 1850 | Cera policromada, tafeta de sedan con encaje de bolillo | Fotografía: Sergio Sandoval

Devociones y prácticas religiosas en los hogares mexicanos durante el siglo XIX

Carolina García Torres | Investigación

El día que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra,
es seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana,
sino hasta el recuerdo de los moradores del México actual.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), abogado, escritor, periodista, maestro y político mexicano, en *La fiesta de Guadalupe*, 1880

En una época que se debatía entre la continuidad y el cambio, la profunda fe del pueblo mexicano de arraigo barroco se reflejó en los actos sagrados que acompañaban su quehacer cotidiano y se hacían presentes en la conmemoración de las fiestas más importantes.

En el siglo XIX se buscó dejar atrás el pasado para construir un moderno Estado laico, sin embargo, el fervor religioso se mantuvo entre la población a pesar de las limitaciones al culto impuestas por las nuevas leyes. Se reforzaron devociones y ejercicios piadosos en el ámbito doméstico ante el hecho de que, durante los años convulsos de la pugna entre liberales y conservadores, el acto de asistir a los templos estaba asociado con posturas políticas. De allí la importancia de la oración privada como una manifestación más libre de la fe.

En los domicilios particulares no faltaban los altares con las imágenes de los santos más cercanos al corazón. Las viviendas contaban con espacios denominados «oratorios», destinados específicamente a las prácticas religiosas. Estos iban de pequeños altares a salones o capillas que resguardaban la imagen de los santos de mayor veneración familiar con el permiso respectivo para que se pudiera celebrar la Santa Misa y la administración de algunos sacramentos. Esta autorización solo podía ser concedida por el obispo, siempre y cuando se adujera una causa justa y se reunieran los requisitos solicitados, entre los que se encontraban: entrevistas con testigos, visita del párroco y comprobación que el espacio fuera decoroso y no tuviese otros usos, así como la idoneidad de las imágenes y ornamentos.

Anónimo poblano | ***Nuestra Señora de Guadalupe*** | c 1830-1880 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Sergio Sandoval

En las grandes haciendas, las capillas adyacentes a la casona, si bien no estaban abiertas a la comunidad, permitían la entrada de los trabajadores y sus familias en las celebraciones eclesiásticas.

Desde el siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX se rezaban las novenas. De acuerdo con la investigadora Ana Cecilia Montiel Ontiveros: *La palabra novena tiene dos acepciones íntimamente relacionadas. Se trata de una práctica devocional de nueve días de duración –en estricto sentido–; una forma de hacer oración comunitaria o individual que ocupa unos cuadernillos impresos de pequeño formato, a los que también se denomina novenas*.

Anónimo zacatecano | ***Los Cinco Señores o la Mano Poderosa*** | c 1830–1880 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Sergio Sandoval

Virgen de Guadalupe, porcelana Viejo París | Siglo XIX | Regalo a las damas de corte de la emperatriz Carlota | Fotografía: Javier Hinojosa

Herramienta de intercesión entre los fieles y Dios, fueron casi exclusivamente escritas por clérigos o religiosos y para su publicación se requerían diversas licencias. Las editoriales de la época solían imprimir grandes tirajes que llegaban a venderse más que los propios libros. En sus títulos se explicaba la finalidad que perseguían; podían ser de duelo, de solicitud o agradecimiento de favores, para ganar indulgencias, así como para la preparación de alguna celebración importante, como el caso de *Los nueve días, que caminó la Santísima Virgen María Nuestra Señora. De Nazareth a Belén. Devoción a las posadas del camino, y nacimiento de Jesús*, de José Antonio Villaseñor, publicada en el temprano 1806.

Anónimo poblano | ***Santo Niño de Atocha*** | c 1830–1880 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Sergio Sandoval

La mayoría de las devociones estaban dedicadas a la Virgen María en sus distintas advocaciones. Nuestra Señora de Guadalupe ocupaba un lugar especial en la fe como símbolo de la integración de las diferencias étnicas y sociales, y como fundamento de la construcción de la identidad mexicana. El culto a la Inmaculada Concepción había sido introducido por los franciscanos en los años posteriores a la Conquista y se incrementó en el siglo XIX cuando se decretó como dogma por la bula *Ineffabilis Deus* promulgada por el pontífice Pío IX en 1854. Otras advocaciones muy veneradas fueron la Virgen de Loreto, promovida en los colegios jesuitas, y la del Refugio que, como protectora de los hogares, llegó a tener presencia en más de 120 nichos en el exterior de las casas de la ciudad de Puebla de los Ángeles, y que se creía volvía la vivienda inexpugnable contra amenazas humanas y demoníacas.

Las novenas dedicadas a los miembros del santoral católico cubrían una amplia gama de favores especiales que tenían que ser solicitados al beato. Como protectores de la agricultura estaban san Isidro Labrador y santa María de la Cabeza; al primero se le pide sol y a la segunda lluvia. Santo Tomás Avelino libraba de accidentes y muertes repentinas. La devoción a san Gonzalo de Amarante implicaba bailar frente a su imagen para obtener protección contra las enfermedades y, aunque fue prohibida en 1816, se sabe que se siguió practicando en Guadalajara, Jalisco, durante medio siglo más. El retrato de san Pascual Bailón no podía faltar en las cocinas, de las que es patrono, y se le invocaba al momento de preparar los alimentos con alguna variante del rezo popular: *San Pascual Bailón, báilame en este fogón, tú me das la sazón y yo te dedicó un danzón*; sin embargo, en Chiapas y Guatemala su efigie monacal se transformó en un esqueleto viviente asociado con las danzas macabras. Santa Rosalía evitaba contagios, pestes y temblores. Santa Eduviges intercedía por los que no tenían para pagar sus deudas y santa Rita de Casia lograba «imposibles».

Las mujeres encinta se encomendaban a san Francisco de Sales y solían portar ceras de *Agnus Dei*, sacramentales elaborados con la cera del cirio pascual, que tenían forma de disco y con la impresión de un cordero; contaban con la bendición papal y protegían durante embarazo y parto. En algunos casos poco ortodoxos, además de la oración correspondiente, se acostumbraba colocar las esculturas de los santos de cabeza hasta que cumplieran la petición, como a Ramón Nonnato y Vicente Ferrer, invocados en los partos difíciles. También se volteaban las figuras de san Antonio de Padua, cuando las muchachas casaderas le pedían conseguir marido, aunque se le requería además para cuidar de las sequías y las heladas tempraneras, encontrar objetos perdidos y proteger contra las tentaciones del demonio, entre otros. Además de considerársele sumamente milagroso, era de los llamados «santos de rigor» porque algunas tradiciones populares consideraban necesario maltratarlo, insultarlo o «dar calabazadas» para obligarlo a cumplir lo deseado.

Como agradecimiento a las peticiones concedidas se solían encargar o realizar exvotos, los cuales eran colocados en oratorios y altares. Como señala la investigadora Maricela Dorantes Soria: *Las pinturas votivas católicas son ofrendas que revelan la religiosidad popular de los devotos a Dios, la Virgen, Jesús o los santos. En este sentido, constituyen una espiritualidad individual mediante la cual los fieles agradecen los favores recibidos en reciprocidad a las súplicas y las promesas por la cura de padecimientos o el auxilio en calamidades. Estas imágenes devocionales son conocidas como exvotos o retablos.*

Una práctica común entre las familias mexicanas decimonónicas que se realizaba a diario era reunirse para rezar el Santo Rosario. Aunque tiene antecedentes en el cristianismo primitivo, según la tradición la propia Virgen María enseñó a santo Domingo de Guzmán cómo rezarlo, por ello fue la orden de predicadores quien se encargó de dar gran difusión. Símbolo de unión familiar ante el Señor, siempre era seguido de una reconfortante taza de chocolate caliente.

A lo largo del año, en el interior de las moradas se celebraban distintos ritos relacionados con el calendario litúrgico. Durante la Semana Santa no podía faltar el tradicional Altar de Dolores, también conocido como «incendio» por la gran cantidad de velas que se colocaban.

Cera de Agnus Dei, obra bendecida por el pontificado [1740-1758] ***de Benedicto XIV*** [1675-1758] | 1754 | Cera de cirio pascual moldeada, medallón de plata con vidrio convexo | Fotografía: Javier Hinojosa

De acuerdo con el santoral de la Iglesia Católica, el 1 de noviembre es la celebración de Todos los Santos y al día siguiente se recuerda a los Fieles Difuntos. En México eran, y hasta la actualidad son, celebraciones cargadas de sincretismo, donde se combinan el luto y la alegría, la nostalgia por los ausentes y el reencuentro en el altar. Los pueblos originarios acostumbraban a acudir a los cementerios para engalanar las tumbas con flores, velas y manjares, para así compartir el día con el espíritu de los muertos. Se abrazaba a los angelitos el día primero en los rituales de Muerte Niña. Las clases acomodadas solían acudir a las parroquias en donde se exhibían las santas reliquias en elaborados altares, de allí que se empezara la costumbre de obsequiar alfeñiques, pequeñas figuras elaboradas con una pasta de aceite de almendra y azúcar con forma de los huesos de los santos; por su cercanía con el día de los difuntos, pronto se convirtieron en esqueletos, tumbas, calaveras, ánimas y diablos. Se regalaban a niños y adultos con el nombre de «ofrenda» y se colocaban en los hogares sobre piras que se parecían a las de las iglesias. Comenzaron además a tomar elementos de los decorados del camposanto. El 2 de noviembre, los niños y muchachos acostumbraban

El acompañamiento a la Madre de Dios en su duelo se comenzaba a preparar con quince días de anticipación para sembrar las semillas que germinarían; esto se hacía directo en los recipientes: los de cristal para el trigo, barro para la chía, comales para el amaranto y ladrillos para las lentejas. El día anterior a la celebración se preparaban las naranjas doradas, el agua de color y demás adornos, así como los platillos. El Viernes de Dolores, día en que se montaba el altar, era todo un acontecimiento: no solo las gradas –simuladas con taburetes, mesas y bancos– se vestían con cortinajes, manteles y pañuelos de seda; el suelo se cubría con alfombras hechas de semillas, mientras la familia se ataviaba con sus mejores galas para prender las velas y recibir a las visitas. Después de rezar el rosario y entonar la tradicional melodía *Madre llena de dolores*, se ofrecían aguas frescas y dulces, con lo que el evento se convertía en una tertulia.

Anónimo mexicano | ***Isidoro Ballejo y Teodoro Ballejo a 15 de agosto de 1822 se enfermaron de una tos mui fuerte que hubo en el mismo año lo cual agonisaron...*** | Exvoto al Señor de Villaseca | 1822 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

acudir de casa en casa con la frase «mi tumba, mi calavera, mi ofrenda» para obtener confites o algunas monedas.

Para la Navidad, además de las celebraciones en las parroquias, también se realizaban actividades comunitarias dentro de las viviendas de toda la sociedad. Las posadas ocupaban un lugar estelar; se distribuían entre miembros de la familia o vecinos, de tal suerte que del 16 al 24 de diciembre cada día se hacían en una casa distinta, que se limpiaba y perfumaba con agua de azahar, y algunas partes se tapizaban con hierbas. Se preparaba un altar con musgo, ramas de pino, farolitos y candelabros en el que se colocaban las andas con los santos peregrinos, sitio destinado también para el rezo del rosario seguido de cánticos. La procesión con los peregrinos se hacía por toda la casa mientras los invitados con vela en mano rezaban las letanías; al final, dos grupos se separaban adentro y afuera para «pedir posada», que concluía con la entrada triunfal acompañada de música y cohetes. Después del rezo de la novena se colgaban ollas de barro adornadas con papeles de colores y llenas de frutas que los asistentes, con los ojos vendados, golpeaban con un palo hasta romperlas. Al final se repartían «aguinaldos» a los más pequeños, que eran canastitas con frutas frescas y secas, junto con la tradicional colación, que consistía en almendras o cacahuates confitados.

Anónimo mexicano | ***Exvoto del Señor de la Misericordia*** | c 1885 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Javier Hinojosa

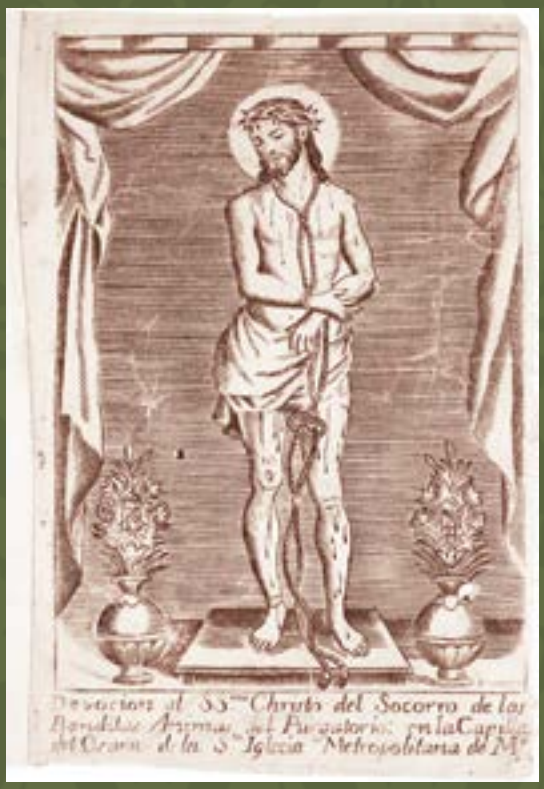
La última posada se unía a la celebración de Nochebuena; ese día toda la familia participaba en la instalación del Nacimiento, en el que se representaban varias escenas de la narración bíblica rodeadas por figuras de barro cocido en miniatura y estrellas de papel colgadas del techo. Antes de la cena se arrullaba al Niño Jesús, para después adorarlo en el humilde pesebre. Posteriormente vendría el convite con bacalao en chileajo, chiles en nogada, romeritos, frijol gordo, buñuelos, hojuelas de miel y gragea, entre otros, y luego la familia e invitados asistían a la solemne celebración de la misa de gallo.

Los momentos más importantes de la vida, como el nacimiento, el matrimonio y la muerte estaban regidos por los

sacramentos. En el caso del bautismo, la liturgia se celebraba en la iglesia, a menos que se contara con un oratorio. Para el convite social se abrían las puertas de las casas: se festejaba el acontecimiento con la familia y la comunidad en los salones, jardines, patios y comedor, y se servían platillos festivos como mole, chiles rellenos, empanadas, suspiros o chongos mexicanos. Los padrinos daban discursos y se repartían los bolos con su nombre y escudos de oro o monedas de plata y los primeros pesos. Muchas de estas tradiciones se han conservado hasta nuestros días, con mas o menos cambios.

En un país profundamente católico, la religión era un acompañamiento siempre presente, que reflejaba el alma del pueblo así como su forma de entender y enfrentarse con el mundo. Al tiempo que se cumplían las prescripciones eclesiásticas, las diferentes prácticas contaban con una venia popular que contribuía a su integración a la sociedad y se convertía en motivo de festejo y alegría.

Baltasar Troncoso | ***Cristo del socorro de las Benditas Ánimas del Purgatorio venerado en la Catedral Metropolitana*** | c 1743-1760 | Grabado a buril sobre papel, anverso tinta negra y reverso tinta roja | Fotografía: Javier Hinojosa



Abrigo del *Eros* y *Tánatos*: ropajes de vida y muerte

Alfonso Miranda Márquez | Dirección

El luto es la expresión que responde a la muerte. Rompimiento de vínculos y elaboración de otros. Manifestación de reacciones ante una pérdida, es decir, la muestra externa de los sentimientos de pena y duelo ante el fallecimiento de un ser querido. En los países occidentales incluye los entierros, las esquelas y el ajuar de luto, a través de las distintas fases del duelo: negación, protesta y caos como principio de la superación.

La concepción del tiempo ha cambiado a lo largo de la historia. Para el México independiente, una persona de cincuenta años era considerada una anciana. De herencia novohispana, durante las misas fúnebres se invitaba a los pintores para que capturaran la efigie del difunto en el particular género de la muerte retratada. Emblemas de lo efímero y frugal de la vida, estos óleos se sustituyeron por las miniaturas, las delicadas laminitas de marfil enmarcadas por finos medallones, que se portaban cerca del corazón y representaban el doloroso tránsito. Aunque no servían para mitigar el miedo físico a la muerte, atenuaban el trauma moral y espiritual del que se quedaba. A fines del siglo XIX y con los mismos propósitos, la fotografía desplazó a las miniaturas.

Desde las piras funerarias en los velorios y misas de gallo, en cada rezo se elaboraba una cruz de ceniza debajo del ataúd y al final de novenario, dentro de los misterios del Santo Rosario, se recogía cada tramo, siendo el último en retirarse aquel que simbolizaba los pies. Finalmente, las cenizas se enterraban en el camposanto. La tradición aún se conserva en México, aunque en algunos lugares se ha sustituido la tiza de las estufas por la cal purificadora.

Eros junto a una lápida | c 1810-1820 | Imagen en tamaño real | Fotografía: Javier Hinojosa

Antes del Concilio Vaticano II las misas fúnebres se vestían de negro. Sin embargo, actualmente el color litúrgico es el púrpura, que refiere a la transmutación de la materia y elevación del espíritu. Simbólicamente, los templos asumen el luto y cubren o retiran las imágenes en la Cuaresma, para celebrar así, el sacrificio y muerte del Redentor.

El llorar en un funeral es comprensible ante la falta de la persona. La Edad Media heredó de Roma la costumbre de contratar plañideras. Del latín *plangere*, sollozar, a estas mujeres en el antiguo Egipto se les llamaba cantoras de la diosa Hator, y se les pagaba para que acompañaran al cortejo fúnebre, al que precedían danzando, llorando y lamentándose. En el mundo occidental, una mujer que no vertiera sus lágrimas en el funeral era considerada *mala de alma*; esta tradición se cuela en las palabras de Catalina Guzmán en el entierro del general Andrés Ascensio de *Arráncame la vida: Como es correcto en una viuda, lloré más que mis hijos*.

Anónimo mexicano | ***Retrato de un religioso en su lecho de muerte*** | c 1830 | *Gouache* sobre lámina de marfil | Medallón de plata con restos de dorado y vidrio ligeramente convexo | Imagen en tamaño real | Fotografía: Javier Hinojosa

Trabajo mexicano | ***Paño fúnebre*** | c 1950 | Paño de lana con algodón aplicación de hilo de acrílico | Fotografía: Sergio Sandoval

En el siglo XIX, el comportamiento durante el luto en Gran Bretaña había desarrollado un complicado sistema de reglas, particularmente entre las clases altas, que pronto acogieron otros países de Europa y América. Las mujeres soportaban el mayor peso de estas costumbres, que implicaban llevar gruesas ropas negras cerradas y velos de crespón o crepé del mismo color, que llegaba a la cintura o a las rodillas. También se vestían gorros y bonetes especiales, normalmente negros o de otros colores oscuros.

Se esperaba de las viudas que llevasen ropas particulares para señalar que estaban de luto un largo tiempo después del fallecimiento. Prescindir antes de dichos atuendos se consideraba irrespetuoso.

Era permitido introducir lentamente prendas convencionales, por lo que se establecieron periodos de *luto completo* o *medio luto*. La familia y amigos más cercanos guardaban el luto mayor e incluso los sirvientes llevaban brazaletes de tela negra cuando había una muerte en la casa donde trabajaban.

Muchas de estas prácticas se codificaron durante el gobierno británico de la reina Victoria, cuyo consorte, el príncipe Alberto, murió en 1861. Aunque la soberana tenía 42 años cuando quedó viuda, permaneció de luto riguroso por tres años, y de medio luto por cuarenta. Las mujeres victorianas siguieron el ejemplo de la reina y elaboraron estrictos códigos de etiqueta.

Si en la época victoriana alguien iba en contra de las reglas y rituales preestablecidos del luto, se arriesgaba al escándalo público y a la segregación. Aunque la moda comenzó a ser más funcional y menos restrictiva en la época eduardiana, los ropajes correctos para hombres y mujeres fueron rígidamente adoptados y se esperaba que, sobre todo ellas exteriorizaran su dolor a través de la manera de vestir. El color negro era el mejor representante del luto porque simbolizaba la ausencia de luz.

Nero, nigrum, negro, nigredo

El blanco es el símbolo de la verdad absoluta, por eso el negro tenía que ser inevitablemente el símbolo del error, de la nada, de aquello que no es.
Fréderic Portal

El luto de color negro se remonta a las más antiguas tradiciones religiosas. Para egipcios, griegos y romanos, el negro fue el mensajero del duelo. Entre los atenienses, como entre nosotros –asegura el investigador Court de Geblin– es el color de la aflicción; el blanco el de la inocencia, de la pureza y de la alegría.

Comunicación no-verbal, el ajuar de luto conlleva una fuerte carga simbólica. En esos trajes, el negro refería a lo que no era vida, negación de la luz, introducción a las tinieblas, al primer origen antes de la mente de Dios. Ello iluminaba el féretro y el ataúd se transformaba en la nueva fuente de luz.

Confección anónima | **Vestido de luto** | c 1901 | Cuerpo emballenado y falda de *jacquard* adamascado. Canesú con pliegues de gasa de seda y aplicación de cordoncillo. Cinturón adornado con terciopelo. Ruedo con ribete de gasa plegada | Fotografía: Luis Enriquez

Del mismo modo, el negro refiere a la primera etapa del magisterio alquímico. Asociado con Saturno devorando a sus hijos, de acuerdo con la investigadora Matilde Battistini, *es el regreso del compuesto al estado informe original*, léase putrefacción. Metamorfosis sagrada en pares opuestos complementarios: positivo-negativo, negro-blanco.

En la Europa continental, la costumbre de llevar ropa negra sin adornos en señal de luto se remonta al menos al Imperio romano, cuando la toga hecha de lana de color oscuro se vestía durante los periodos de luto. Las ceremonias que acompañaban al muerto en su último viaje seguían un ritual codificado. El difunto se lavaba, vestía y rociaba con esencias purificadores del ambiente, para luego exponerse en el atrio o en el vestíbulo de la casa, con los pies orientados hacia la entrada. El cadáver se rodeaba de flores e incienso que mitigaban el olor de la descomposición.

Casa Westend | Vestido de luto | c 1901 | Cuerpo emballenado y falda de tejido de *jacquard* adamascado. Cuello, canesú y puños de gasa de seda plegada, con galón de chaquiras y piedras facetadas. Volante de gasa con ribete de listón de seda. Cinturón de raso de seda y moños de listón de seda. Falda con bajo en gasa de seda, listones de satén de seda y galón de cuentas y piedras. Ruedo con cinta de terciopelo. Forro de viscosa | Largo frente: corpiño: 51 cm; falda: 108 cm | Largo revés: corpiño: 46 cm; falda: 110 cm | Ancho hombros: 29 cm | Ancho cuello: 18 cm | Cintura: 58 cm | Cadera: 148 cm | Ruedo total: 327 cm; frente: 160 cm; revés: 167 cm | Manga: largo: 56 cm | Ancho muñeca: 9 cm; circunferencia: 18 cm | Ancho sisa: 18 cm; circunferencia: 21 cm | Pecho: 42 cm | Fotografía: Luis Enriquez

Durante la Edad Media y el Renacimiento, las ropas propias del luto se llevaban en señal de la pérdida. Tras la matanza de hugonotes –calvinistas galos– en Francia el día de san Bartolomé, Isabel I de Inglaterra y su corte vistieron de luto riguroso para recibir al embajador francés.

Las mujeres de luto llevaban sombrero y velo negros. En las zonas rurales de Portugal, entre las que destaca Nazaré, las viudas asumían el negro por el resto de sus vidas. En general, los miembros inmediatos de la familia del difunto lo vestían durante un tiempo más amplio que el resto. La tradición también contemplaba a las novias durante un periodo de luto que se iban a casar, quienes lucían el día de su boda un vestido negro con la licencia del velo blanco, una vez impuesta la costumbre del ajuar nupcial en colores claros.

Si bien en la actualidad el luto negro es el más difundido, entre las reinas europeas medievales el color riguroso fue el blanco. Era costumbre entre las monarcas de Francia vestir el *deuil blanc* o luto blanco. De ahí el ajuar creado por el diseñador sir Norman Hartnell para la reina Isabel II. Esta tradición sobrevivió en España hasta fines del siglo XVI y fue de nuevo puesta en práctica hasta bien entrado el siglo XX por Fabiola Mora de Aragón, reina de Bélgica y ahijada de la reina Victoria, en el funeral de su marido el rey Balduino I, en 1993.

Tiempos de duelo

Había cuatro periodos de luto dictados por la era victoriana, cada uno con sus propias reglas y costumbres. El que llevaba la viuda era implacable y duraba usualmente dos años y medio. Los trajes de los adolescentes entre 15 y 17 años eran blancos con adornos negros en el verano y grises con adornos negros en invierno. A los niños se les dispensaba el luto.

Confección anónima | **Vestido de luto** | c 1901 | Cuerpo emballenado de satén y viscosa. Cuello de encaje bordado. Falda bordada con hilo de seda y viscosa. Forro de algodón. Corchetes de metal | Fotografía: Luis Enriquez

Durante el primer luto –también llamado «riguroso» o en España y México *guardar el decoro*– las mujeres portaban, por un año y un día, el traje de dos piezas, con un corpiño y una falda. Sapphire Raven señala que la mujer de clase baja podía confeccionar el traje de algodón o teñir alguno de negro. La clase media elegía entre la lana negra, el algodón o la seda. La aristocracia por su parte, podía copiar los diseños de la última moda, siempre que fueran de *bombacina*, es decir, un tejido mate que mezclaba seda y lana y de color negro. Portaban además sombrillas de encaje, abanicos y pañuelos de mano que, por supuesto, debían ser negros.

De la colección de moda que resguarda Museo Soumaya.Fundación Carlos Slim sobresale una delicada sombrilla de encaje de algodón negro, hecho a máquina, imitación Chantilly, con pliegues, volantes y moños de listón ancho de seda. Forrado de tafetán de seda y volante de encaje en el borde, servía para cubrir el rostro de la dama. El mango de madera de ébano, tallado con motivos florales y vegetales, era liviano con el fin de que durante el trayecto al templo, las mujeres no se cansaran.

Por su parte, los caballeros solo usaban botones de luto para el ojal de la solapa y leontinas negras de las que pendían los relojes de bolsillo. La cinta o banda del sombrero podía ser también negra.

La mujer solo podía dejar su hogar para ir a misa o a visitar a algún familiar cercano. Si la dama no tenía ingresos, se le permitía el matrimonio después de este periodo.

De este luto inicial, el Soumaya conserva siete vestidos y un corpiño importados, principalmente de los Estados Unidos, por la sociedad mexicana de la segunda mitad del siglo XIX y de las primeras décadas del XX.

De cuerpo y falda en negro ortodoxo, estos atuendos femeninos combinan el satén de seda, con encajes de motivos vegetales y geométricos. Destaca uno de seda adamascada, tejida en telar *jacquard*, con combinación de ligamentos de satén y tafetán, así como aplicaciones de gasa de seda drapeada y abullonada tanto en el cuerpo como en las mangas. Guarnecido con chaquiras y lentejuelas en motivos fitomorfos, en los guarda sobacos conserva la marca *Atlantic. Made in U.S.A*. También se advierten marcas como *Fashion U.S.A* o la posiblemente europea *Kleinert*, que abrocha el corpiño con quince corchetes y la falda con nueve broches exteriores más seis broches interiores.

El segundo momento de luto duraba seis meses o hasta la muerte de la persona. Entonces se podían adornar los bonetes con flores y cintas, blancas o negras y el velo de crepé se acortaba e incluso se permitía su uso sobre la cabeza.

Confección anónima | **Sombrilla de luto** | c 1910 | Encaje de algodón imitación Chantilly con pliegues, volantes y moños de listón ancho de seda. Forro de tafetán de seda. Borde con volante de encaje. Mango tallado en ébano | Fotografía: Luis Enriquez

Para el tercer periodo –de tres a seis meses– los adornos de crepé se reemplazaban con diseños en seda negra y encaje. El velo se podía quitar siempre y cuando las mujeres cubrieran su cabeza con el bonete.

El medio luto correspondía a la cuarta fase y en nuestro país se denominó «alivio». Duraba entre seis meses o hasta el fin de los días y los trajes podían ser de alta costura, pero siempre en colores gris, violeta, lila, malva o blanco.

De esta etapa, la colección de moda del Soumaya conserva dos vestidos y tres corpiños, entre los que se distingue el firmado por la casa Madame De Latour Robles ubicada en el 574 de la prestigiada Quinta Avenida de Nueva York.

El cuerpo de seda listada negra, tejida con hilo metálico, en ligamento de tafetán y aplicaciones de tiras de gasa de seda, muestra un bellísimo tul bordado de flores en relieve con hilos de seda en colores rosas, amarillos y verdes degradados, amén de chaquira de cristal y lentejuela metálica, en canesú, cuello y peto, todo emballenado con veintitrés varillas. Asimismo, el corpiño de medio luto, de terciopelo de seda, ostenta un cuello con gasa bordada en relieve con hilo de seda, imitando encaje de aguja.

Un manual español publicado en 1885 y difundido por el Museo del Traje en Madrid, explica: *¿Qué tiempo han de durar los lutos? La costumbre más general es: de un año o dos por los esposos, padres e hijos; seis meses al menos por los abuelos y hermanos; tres por tíos o sobrinos; y uno por parientes más distantes. En esos plazos y en los aniversarios, el porte ha de estar en armonía con el vestido, pues choca ver con algaraza y broma, o en toros y diversiones, a los que visten de luto riguroso*.

En Nueva España, como explica Asunción Lavrin, las viudas mantuvieron cierta autonomía, aunque permanentemente vigiladas por un hombre y, cosa inusual para las damas virreinales,

Confección estadounidense | Corpiño de luto | c 1910 | Cuerpo emballenado. Faya de seda. Forro de algodón | Fotografía: Luis Enríquez

Casa Imperceptible | Corpiño de luto | c 1890 | Cuerpo emballenado. Lana y gasa drapeada en cuello, pechera y mangas. Encaje imitación de aguja en peto y hombros. Cinturón de satén. Forro de tafetán | Fotografía: Luis Enríquez

Confección estadounidense | **Vestido de medio luto** | c 1901 | Faya de seda guarnecida con franjas de tul industrial con cordón grueso, *soutache* y botones de viscosa. Canesú y bajo mangas en tul de seda bordado de motas y encaje, ribeteado con tira de gasa de seda rizada. Moño de seda en la espalda. Emballenado. Forro de seda | Fotografía: Luis Enriquez

llegaron a administrar sus bienes. La investigadora Pilar Gonzalbo refiere: *Parecería, a juzgar por las fuentes accesibles, que la primera preocupación de una viuda era volver a contraer matrimonio, lo cual era más o menos fácil según la cuantía de la dote que pudiera ofrecer*.

Prudencia, justicia, fortaleza y templanza, las llamadas virtudes cardinales en el catecismo de la doctrina cristiana, eran precisamente las más recomendadas para las mujeres de cualquier condición. Honestidad y laboriosidad completaban la imagen ideal, que podía acompañarse de sumisión y docilidad. Apunta Gonzalbo: *Las viudas desamparadas dieron ejemplo de todas las virtudes al soportar privaciones y velar por la educación de sus hijos; doncellas ignorantes merecieron elogios de sus contemporáneos por su capacidad para vencer las tentaciones del mundo y de la carne; religiosas ejemplares y humildes sirvientas compitieron en santidad; y madres de familia asumieron la responsabilidad de sostener a sus familias con aquella fortaleza elogiada por la Biblia y aquella laboriosidad recomendada por autoridades civiles y religiosas. La expresión laboriosidad y su mérito en las damas acomodadas, contrastaba con el trabajo necesario e ineludible de las que, estando privadas de bienes de fortuna, tenían como compensación, la esperanza de encontrar más fácilmente el camino al cielo*.

También se acuñaron algunas supersticiones que pervivieron durante del Porfiriato y que recoge un diario anónimo de la Puebla de los Ángeles que resguarda el Archivo General de la Nación: *No se debía ir a un funeral embarazada. Los espejos se cubrían* [sic] *por que existía la creencia de que el espíritu del difunto quedaba atrapado en él* [...] *Si el difunto llevaba una buena vida, florecerían flores en su tumba, por el contrario si había sido malo, sólo maleza crecería.* [Recomienda además] *Detener el reloj en la habitación donde ocurrió el fallecimiento o si no traería mala suerte* [...] *No usar nada nuevo al funeral, especialmente zapatos* [...] *Si llueve sobre el cadáver, el difunto se irá al cielo*.

Las joyas no eran fundamentales en el ajuar de luto. Sin embargo, se permitía el uso discreto del azabache. El impropiamente llamado ébano fósil, es una variedad de lignito de carbón, que con mayor frecuencia se utilizaba en alhajas de luto. El de mejor calidad es el asturiano, que se encuentra entre Girón y Ribadesella y que tuvo especial arraigo entre las damas del México independiente.

También conocido antiguamente como *succinum nigrum*, se pensaba que si estaba encendido era capaz de ahuyentar a las serpientes, al tiempo

de señalar la presencia demoníaca y descubrir la pureza del alma. Desde los prehistóricos dólmenes se identificó con la muerte y se han encontrado cuentas de azabache vinculadas con los enterramientos. Símbolo de protección, las joyas fueron muy apreciadas entre los egipcios, fenicios, etruscos, romanos y vikingos. De azabache fueron los amuletos más utilizados por todas las clases sociales, y fue quizá el más popular la higa o *figa* –puño cerrado en el que el dedo pulgar sobresale entre el índice y el cordial– que fue utilizada como defensa contra el mal de ojo.

Asimismo, se elaboraron camafeos o relicarios que, diseñados como guardapelos, eran capaces de resguardar un mechón de la persona amada que acabada de partir. En menor medida se realizaron alhajas en cristal negro, vidrio y metal con motivos japoneses. Estas joyas convivían con adornos que trenzaban al cabello del difunto o con broches, collares y listones que se anudaban también con cabello y se sujetaban en las blusas.

Confección estadounidense | Vestido de luto estilo *Belle Époque* | c 1896 | Cuerpo y falda de encaje de seda tipo Chantilly con bajofalda de seda. Pechera de tul. Franja de gasa, cordones y galón entretejido. Cinturón de satén. Bordado de punto de cruz en cuello y puños. Emballenado y forro de tafetán de seda | Fotografía: Luis Enriquez

Ante los elevados costos del azabache y la demanda de los sobrios adornos, los franceses elaboraron un vidrio de color negro muy resistente y para 1844, tanto el norteamericano Charles Goodyear como el inglés Thomas Hancock inventaron –por separado– una mezcla de caucho, azufre y aceite de linaza llamada ebonita o vulcanita.

Flores, frutos, hojas, cuentas circulares y ovales, cruces, corazones o delicadas manos femeninas sirvieron para mostrar el sufrimiento por la pérdida. Rosas en capullo anunciaban la muerte de un niño, y en plenitud, la de un adulto. La fotografía *post-mortem* se resguardaba en estuches de ebonita que atesoraban la imagen con fervor. A fines del siglo XIX se enviaban como agradecimiento a los asistentes del funeral o bien a los parientes lejanos que no pudieron viajar.

La investigadora Mercedes Pasalodos *en su texto La etiqueta del luto en la moda* explica: *La Belle Époque le permitió a la burguesía completar su ajuar de duelo. Los grandes almacenes como los establecimientos más pequeños dedicaron al luto la atención que merecía y que no era precisamente escasa. En París estaba situado el mayor emporio francés dedicado a esta especialidad: la Grand Maison de Noir* [la Gran casa de negro] *y los ingleses denominaron a los comercios del ramo Maisons de Deuil* [Casas de duelo] [...] *En Barcelona se encontraba la Casa Pascual y compañía, que anunciaba su especialidad de luto y medio luto*.

Estos frágiles y evocadores testimonios de la moda son espejo de devoción, cobijo de nostalgia y al mismo tiempo evidencia de modernidad.

Trabajo mexicano | **Corona fúnebre** | c 1880-1900 | Lámina de hojalata policromada con aplicaciones de pasta de porcelana | Fotografía: Sergio Sandoval

Casa Madame de Latour Robes | Corpiño de medio luto | c 1901 | Cuerpo emballenado. Seda listada con hilos metálicos y aplicaciones de gasa de seda. Flores de tul bordado con hilos de seda, chaquira de cristal y lentejuelas metálicas. Volantes de gasa. Cuello de satén. Forro de satén y tafetán | Fotografía: Luis Enriquez

De la tradición gastronómica

Francesca Conti | Curaduría

Declarada Patrimonio Cultural Intangible por la Unesco en 2010, la cocina tradicional mexicana es reflejo de la riqueza tanto cultural como natural del país. Es fruto de la fusión de mundos diversos –americano, europeo, asiático y africano– y desvela la creatividad mexicana que ha resultado en una tradición sustancial y sustanciosa. Por un lado, el pasado mesoamericano con productos originarios sacralizados en la figura de Chicomecōātl, la diosa mexica del maíz; la tríada maíz, chile y frijol a la que se suman aguacate, calabaza, nopal, vainilla, chía, los nutritivos insectos como escamoles, chapulines, acociles y muchos otros. Y los grandes regalos de América al mundo: el cacao y el jitomate. Fundamentales fueron los métodos de cultivos como la milpa –utilizado por el maíz y otras plantas– que se efectúa por rotación con roza y quema del terreno; o la chinampa que emplea un islote artificial para las zonas lacustres. Más allá de los ingredientes, enriquecieron la cultura culinaria los métodos de preparación como la nixtamalización y los utensilios como el metate o los molcajetes.

De ultramar, los españoles aportaron las carnes de res, pollo y cerdo, la leche con todos sus derivados, la oliva y su aceite, así como el trigo que en México encontró un sinfín de recetas. De procedencia árabe, se incorporaron: cebolla, ajo, miel, hortalizas –como la berenjena–, frutas como

el tan amado limón; gramíneas como arroz, además de varias especias exóticas que bien se acoplaron con el paladar nacional: azafrán, canela o pimientas que, a fines del Medievo, procedentes de

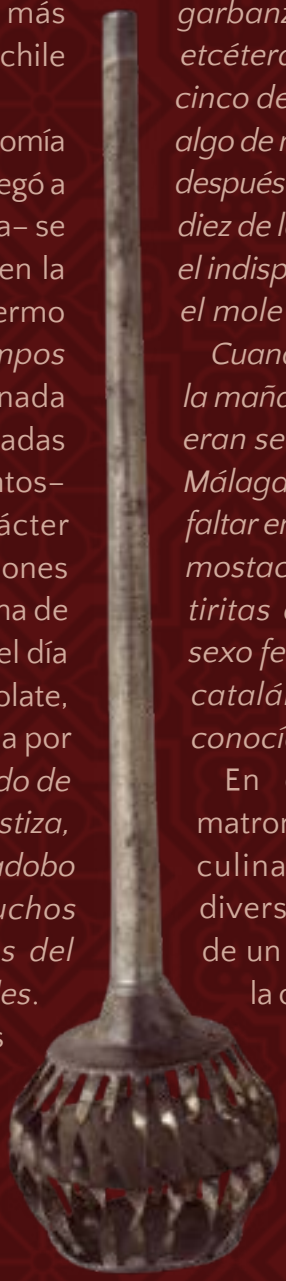
José Agustín Arrieta | ***Cuadro de comedor*** | c 1840–1860 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Asia llegaron a Europa, a través de la llamada Ruta de las especias; a Nueva España arribaron vía el Galeón de Manila.

La mezcla entre ingredientes mesoamericanos, técnicas europeas e influencias árabes e indias se gestó en la realidad conventual novohispana. Más allá de la conducta austera de las prácticas ascéticas, en los espacios religiosos, la convivencia de múltiples etnias a las que pertenecían esclavas, sirvientas y religiosas resultó en una cocina multicultural. Fue propiamente en un convento, el de Santa Mónica

en Puebla, donde la tradición narra que para festejar la Independencia se originó uno de los platillos más emblemáticos del siglo XIX: el chile en nogada.

De herencia virreinal, la gastronomía del México decimonónico –que llegó a consolidarse al final de la centuria– se describe de manera evocativa en la mirada aguda e irónica de Guillermo Prieto en *Memorias de mis tiempos* (1828). La descripción de la jornada culinaria de las clases acomodadas –conformada por siete momentos– da cuenta de un robusto carácter nacional derivado de las tradiciones del pasado y la impronta moderna de la refinada cocina francesa. Así, el día empezaba con una taza de chocolate, *en agua o en leche*, acompañada por atole. A las diez el almuerzo, *asado de carnero o de pollo, rabo de mestiza, manchamanteles, calabacitas, adobo o estofado, o uno de los muchos moles o de las muchas tortas del repertorio de la cocinera, y frijoles*. También se podían degustar los huevos cocinados de diferentes maneras que bien acogían la influencia de ultramar, mientras que *los tibios solían recomendarse a los enfermos o a los caminantes*. Con tal almuerzo, la comida mexicana se desfasó de otras latitudes del orbe y hacia las dos de la tarde se comenzaba con caldo con limón y chile verde; *sopas de arroz o fideo, tortilla, puchero con todos sus adminículos, es decir: coles y nabos, garbanzos, ejotes, jamón y espaldilla, etcétera. Un chocolate entre cuatro y cinco de la tarde engañaba el apetito: algo de merienda servía como refrigerio después del santo rosario, y la cena a las diez de la noche despedía a la gula con el indispensable asado con ensalada y el mole de pecho tradicional.* [...]



Cuando acudían visitas a las once de la mañana era forzoso obsequiarlas; si eran señoras, con vinos dulces como Málaga, Pajarete o Pedro Ximénez, sin faltar en una charolita puchas, rodeos, mostachones, soletas, etcétera, y sus tiritas curiosas de queso fresco. El sexo feo se las componía con ríspido catalán, llamado judío, porque no conocía las aguas del bautismo.

En ocasiones especiales, las matronas presumían sus habilidades culinarias en la elaboración de diversos platillos, que dan cuenta de un sibaritismo de otros tiempos; la olla podrida, por ejemplo, *era la insurrección del comestible,* [...] *y cataclismo gastronómico, la cita dentro de una olla de las producciones de toda la naturaleza. Encerrábanse en conjunto carnes de carnero, ternera, cerdo, liebre, pollo, espaldilla y lenguas, mollejas y patas; en este campo de agramante se introducían garbanzos, se escurrían habichuelas, se imponían las zanahorias,*

Trabajo mexicano | **Molinillo** | c 1850–1880 | Aluminio | Fotografía: Javier Hinojosa

campeaba el jamón y verificaban invasiones tremendas, chayotes y peras, plátanos y manzana en tumultuosa confusión; hasta creíase percibir entre el hervor y el humo, rodajas de espuela, relojes y ramas de árbol, facciones humanas truncas y gesticulaciones fantásticas de monstruos abortados por la locura. [...] *Lo espléndido, lo musical y poético, eran los postres: los encoletados voluptuosos, la cocada avasalladora, los cubiletes y huevos reales, los xoconoxtles rellenos de coco... ¡la mar!... ¡el éxtasis!... la felicidad suprema... Frutas, zapote batido con canela y vino, garapiña, etcétera.* [...] *Después de dar gracias y de levantar los manteles, fumaban los señores mayores (que me reventaban) y se les servía salvia, muitle, cedrón y agua de hierbabuena para asentar el estómago.*

Sin embargo, no todas las comidas seguían un menú tan cuantioso; en la cotidianidad de ámbitos más modestos, había *chocolate de oreja y el atole, el anisete a las 11, y en la comida una sopa de pan, arroz o tortilla, un lomo de carne* [...], *salsa de mostaza, perejil o chile y principios en que fungían con aplauso el rabo de mestiza, los huevos en chile, los chilaquiles, las calabacitas en todos sus apetitosos variantes, los quelites, verdolagas y huahuzontles; nopales, las tortas de papa, de coliflor, pantallas*

José Agustín Arrieta | ***Cuadro de comedor*** | c 1840-1860 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

y las camitas de cerdo. [...] *Alegraba la comida la miel perfumada con cáscara de naranja, y servía como digestivo una tortilla tostada que se hacía astillas entre los dientes.*

A menudo la comida se consumaba al aire libre donde abundaban *arvejones, habas, frijoles y carnes anónimas e indescriptibles, no para ser recordadas por los racionales*. En los puestos improvisados, tiendas ambulantes que ya entonces enriquecían el entorno urbano, a pesar de la falta de higiene, se manifestaba la democratización del gusto: *no solo la gente humilde y de baja clase, sino el medio pelo presuntuoso, los payos pudientes y los ricachos no envanecidos con una caprichosa fortuna*.

Para calmar la sed: las aguas frescas de limón con chía, jamaica y tamarindo, fueron las más populares; a partir del Segundo Imperio se sumó la horchata de melón y arroz. Para Oaxaca, las aguas de doña Casilda incluyeron una bola de nieve, trozos de fruta y nueces flotando en el vaso.

Entre las bebidas alcohólicas, las preferidas fueron el pulque, el mezcal y el tequila. El primero, ofrenda para los dioses en la época mesoamericana, a partir del Virreinato fue muy popular entre indios y mestizos; su consumo solo era permitido a los sabios, las mujeres que hubieran dado a luz y a los hombres que realizaban trabajos extenuantes. En los albores del siglo XIX fue favorito entre las tropas independentistas. El mezcal, del náhuatl *mexcalli*, que significa «maguey cocido», es reflejo del sincretismo entre la materia prima de esta tierra y el método de destilación de origen árabe, que fue introducido por los españoles; entre sus múltiples beneficios se encuentra la limpieza de la piel y se menciona como muy bueno para la lactancia. El virreinal tequila, originario de Nueva Galicia –hoy Jalisco–, con la consumación de la Independencia incrementó su producción y empezó a comercializarse.

Sin olvidar que el siglo XIX fue una etapa convulsa, marcada por un camino bélico hacia la consolidación de la identidad mexicana, la comida, así como la bebida, representaron un momento gratificante. Altamente evocativa, la cocina ha resguardado un rol privilegiado

Cocina | Anexo Meson de Jobitos, Zacatecas [México] | Fotografía: Dania Escalona

Anónimo zacatecano | ***San Pascual Bailón*** | c 1830–1880 | Óleo sobre lámina de zinc | Fotografía: Sergio Sandoval

en la existencia de cada uno, dado que la mayoría de los recuerdos nos remiten, más que a hechos o palabras, a olores, sabores y sensaciones.

En la cocina

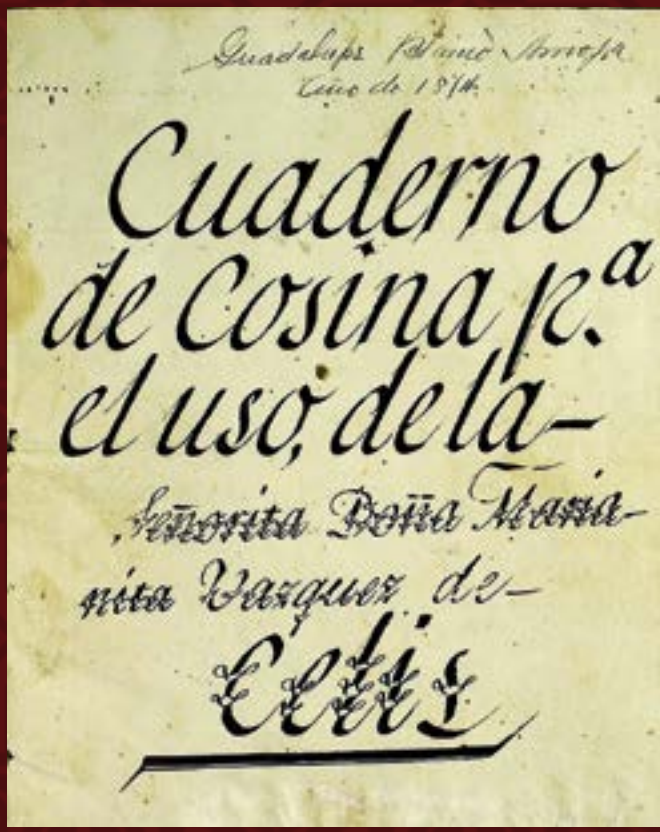
A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la habitación destinada a la cocina estuvo sujeta a una serie de cambios que mejoraron las condiciones de higiene y favorecieron la integración de diferentes utensilios. Generalmente se alojaba en el semisótano, en la parte trasera y debido al humo así como a los fuertes olores, se disponía hacia la calle, sin embargo, poco a poco se integró a la vivienda; se conectaba con el comedor a través de una pequeña puerta o de una escalera que convergía con el salón de apoyo del comedor, junto al elevador de platos; así la señora de la casa podía ir a supervisar el trabajo; para las ocasiones especiales hasta seis personas estaban a cargo del lugar. Una ventana o aberturas en la parte superior de las paredes permitían que el lugar estuviese aireado e iluminado. El piso, diferente al de las otras zonas de la casa, solía estar enlozado en color barro. El mobiliario reflejaba el gusto europeo y combinaba la tecnología ancestral con la moderna: herencia de la tradición del siglo XVII, la hornilla de carbón y la campana de extracción de humo; el horno de leña y después de carbón solía situarse en la parte exterior, y se empleaban principalmente para panadería y repostería. Adornaban el lugar elementos artesanales como azulejos y cantera. Centro de creatividad y convivencia, la mesa de la cocina estaba equipada con unos cajones en donde se guardaban los cubiertos y objetos de uso cotidiano.

En general la cocina se consideró como un espacio designado a la elaboración de alimentos, y también como un lugar consagrado al placer del espíritu.

De los recetarios

Gran parte de los recetarios ha sido fruto de la tradición oral, transmitida principalmente de madre a hija. Sin embargo, sobre todo a partir de que se generalizó la alfabetización femenina, estas joyas culinarias se transcribieron en libretas guardadas en viejos desvanes o en armarios de cocina que han sobrevivido varias generaciones. Tesoros inestimables que además de recetas, son fuente de información útil acerca de los días en que había disponibilidad de carne fresca en el mercado y secretos del oficio como no mover al arroz después de agregar el agua o no dejar entrar a ningún hombre en la cocina mientras hervían los tamales.

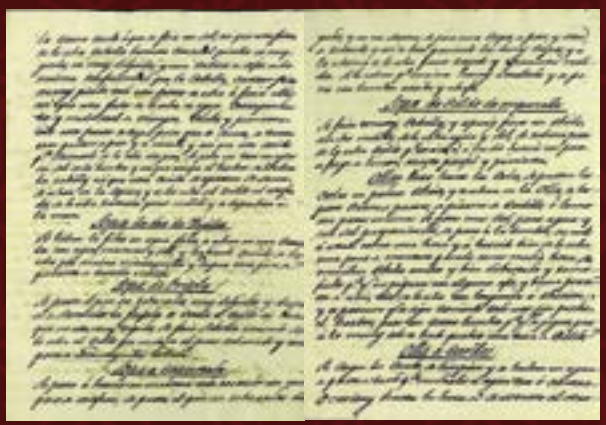
Derivados de la realidad conventual surgieron grandes platillos que enriquecieron la tradición culinaria y que gracias a las religiosas se conservaron en manuscritos que hoy resguardan bibliotecas o archivos.



Cuaderno de Cosina para uso, de la Señorita Doña Maria/nita Vazquez de Celis | "Guadalupe Blanco Arrioja. Año de 1874"

La paleografía es autoría de Alfonso Miranda Márquez; es literal y respeta la ortografía del documento primario. Las abreviaturas se han desatado y para señalarlas se han subrayado. Las diagonales indican cambio de renglón.

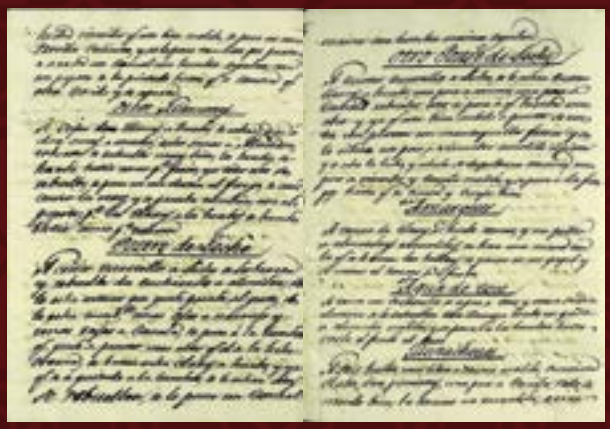
Cuaderno de Cosina para uso, de la Señorita Doña Maria/ nita Vazquez de Celis



Sopa de Capirotada | pp. 5-6

Sopa de Capirotada

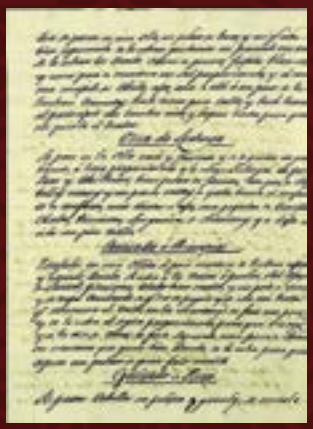
Se pone á hervir en manteca todo recaudo con un poco de azafrán, se parte el pan en rebanadas del/gadas, y en un sarten, se pone una Capa de pan, y otra de recaudo, y asi se ban poniendo las demas Capas, y á la ultima se le echa queso rayado y pimienta moli/da. Se le echan por encima huevos estrellados y se po/ne con lumbre arriba y abajo.



Postre de Leche

A cinco cuartillos de leche se desbarata y rebuelbe dos cucharadas de almidon, se le echa azúcar que quede pasada, al gusto se le echa también unas ojas de naranjo y unas rajas de Canela, se pone á la lumbre que quede en punto mas alto que el de la leche-crema, se baten ocho claras de huebo, y ya que se à quitado de la lumbre, se le echan estas se rebuelben, se le pone un Comal encima con lumbre encima regular.

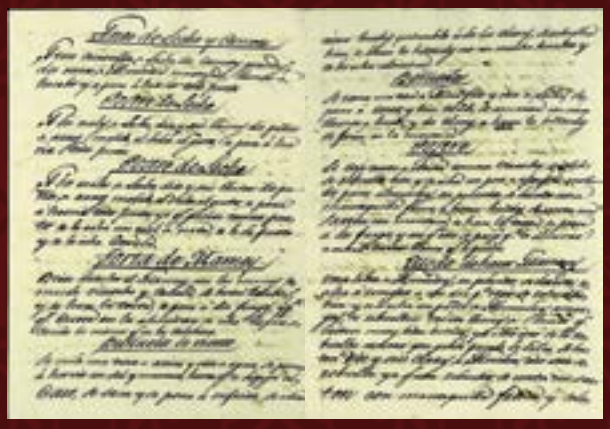
Postre de Leche | pp. 35–36



Guisados ó Principios

Estofado: en una ollita se pone manteca se hechan ajos y estando dorados, se echa á la Carne ó perdiz, sal ojas de Laurel, pimienta, Clabo bien molido, y un poco de vino y se tapa cuidando de que no se pegue y se esta si hasta que consuma el caldo en la manteca se frie un poco, y se le echa el agüita proporcionada para que cuesa y á la ora de coser se frie separado un poco de Arina en manteca que quede bien dorada, se le echa para que espese un pedaso de pan frio molido.

Guisados ó Principios | pp. 7



Buñuelos de viento

Se mide una taza de arina y otra de agua, se pone á hervir con sal y manteca, hasta que se despega del Caso, se saca y se pone á enfirar, se echan cinco huebos quitándole á dos las claras, se rebuelben bien se hacen los buñuelos no con mucha lumbre y se les echa almivar.

Buñuelos de viento | pp. 33–34

La moda en el siglo XIX

Raquel Gutiérrez Morales | Coordinación Editorial

Los vestidos de las damas en los últimos años de la era virreinal tuvieron formas y estilos muy distintos a sus antecedentes inmediatos en la moda rococó. Derivado de las ideas de la Ilustración y la Revolución Francesa, el estilo imperio que impulsó Josefina con su vestido «camisero» –por su parecido con una camisola de ropa interior– trasformó la indumentaria occidental tras la proclamación de Napoleón Bonaparte como emperador de Francia en 1804. Se distinguió por tener un pronunciado escote y marcar el talle por debajo de los senos; prenda ligera que se complementó con chales de lana traídos de Cachemira en India y fichús que durante el día cubrían la parte expuesta del pecho.

El emperador galo utilizó la indumentaria como instrumento político al hacer destacar, tanto en la vestimenta de su corte como en los uniformes de la milicia, el lujo y la autoridad a partir de esmeradas prendas en materiales exclusivos; España se acostumbró pronto a seguir esas líneas, a las que no fueron ajenas las élites novohispanas –posteriormente mexicanas–, y estaban siempre al tanto de los últimos cambios o adiciones a los atuendos, aunque no los adoptaban en sentido estricto. Una singular viajera francesa de nombre Marie, en *Journal de Madame Giovanni* (1858), señaló: *Las más bellas tiendas de México se sitúan en la calle del Plateros. En un instante me creí transportada al París que había abandonado hace 12 años.* [...] *y las modas no se tardan más que un mes en llegar de Francia. Si bien no hay diferencia ni en el lujo ni en el gusto, no es así con el precio* [...] *un sombrerete con flor en la oreja de 25 francos, cuesta 25 piastras... lo que es decir 100 francos.*

Nota: aunque es posible identificar plenamente las prendas de cada estilo, en México hubo adaptaciones que exceden los periodos de cada moda. El orden de las obras aquí presentadas se ciñe a los estilos, y no siempre corresponde con las fechas establecidas en la historia europea de la moda.

Confección anónima | **Corpiño de calle** (detalle) | c 1900-1910 | Gró de seda | Fotografía: Luis Enriquez

Confección anónima comercializada por La Gran Sedería de la Ciudad de México | Conjunto de calle para invierno | c 1905 | Falda de paño de lana, con hilo de seda bordado y cordoncillo. Cuerpo de tul bordado con chaquira y popotillo | Fotografía: Javier Hinojosa

A partir de 1825, el estilo romántico sustituyó a la moda imperio: los talles bajaron de nuevo hacia la cintura, que para estrecharse nuevamente echó mano del corsé y del ensanchamiento de la falda, que se hizo más corta para dejar los tobillos visibles. Fue necesario entonces adornar las medias para lucir los pies. La búsqueda de la figura tipo «reloj de arena» hacía necesarios procedimientos especiales para moldear el cuerpo femenino: *un anuncio de la época aconsejaba a una madre que tumbase a su hija de cara al suelo para que pudiese poner un pie en la parte más estrecha de la espalda y consiguiera tirar de los cordones hasta que estuvieran lo suficientemente ceñidos*, señala el investigador James Laver. Una de las características principales del vestido entonces fue la manga de pernil, abombada del hombro al codo y estrecha hasta la muñeca; su nombre deriva justo del parecido que la forma tiene con el anca y muslo de un animal.

Firma Robes & Manteaux Mademoiselle Lelu (Activa en la calle Apennins 86, París, Francia, hacia 1845) | Vestido de baile estilo romántico | c 1845 Cuerpo emballenado y faja de tafetán, tirantes con galón de seda. Falda en brocado de tafetán. Forro de satén | Largo frente: corpiño: 44 cm; falda: 106 cm | Largo revés: corpiño: 44 cm; falda: 108 cm | Ancho hombros: 32 cm | Ancho cuello: 26 cm | Cintura: 65 cm | Cadera: 104 cm aprox. | Ruedo total: 345 cm; frente: 172 cm; revés: 173 cm | Manga: largo: 13 cm | Ancho sisa: 18 cm; circunferencia: 42 cm | Fotografía: Luis Enriquez

El escote siguió vigente, por lo que el fichú no dejó de usarse. Los sombreros por su parte, al buscar equilibrio con el abultamiento del torso, crecieron con la adición de flores, pedrería y plumas.

Las modistas –que aún no diseñaban–, junto con los mercados del Baratillo y el Parián desde la Plaza Mayor –que contaba con alrededor de 130 locales distribuidos en dos niveles–, eran los encargados de proveer prendas y accesorios de cualquier calidad y para todos los precios. Las agujas eran una preciada herramienta que se resguardaba con especial cuidado e incluso se afilaban cuando la punta se desgastaba, ya que no eran fáciles de conseguir. Resulta importante señalar que la moda de este lado del Atlántico fue más allá de ser un remedo o simple copia de la europea, ya que se complementó con prendas y textiles orientales –chaquiras, lentejuelas, rasos, brocados, abanicos y peinetas, entre muchos otros–, facilitados hasta 1815 por el intenso intercambio comercial generado con Asia a través del Galeón de Manila.

Confección anónima | Corpiño de baile | c 1830-1845 | *Moiré* de seda, encaje, tul y pasalistón | Fotografía: Luis Enriquez

Confección anónima | Vestido invernal de paseo con polisón | c 1878 | Cuerpo emballenado, falda y sobrefalda de damasco cincelado. Damasco de seda en cuello, puños y frente del traje. Decorado con moños de tafetán. Botones de latón. Sobrefalda drapeada y abullonada. Tablones en el ruedo. Forro de algodón | Fotografía: Javier Hinojosa

El vestido para permanecer en casa era más bien sencillo, en franco contraste con el de las fiestas, que no escatimaba en telas finas y se complementaba con zapatillas de raso, joyas, mantones de Manila, «ridículos» –pequeños bolsos de mano– y abanicos, accesorio que además permitía el intercambio de diversos mensajes. El quitasol o sombrilla también era indispensable, sin embargo, en los periodos en que convivió con sombreros de gran tamaño, solía más bien llevarse colgado del brazo.

Para las mujeres salir de la casa no era lo usual, menos aún el caminar por las calles; debido a ello, imperó la costumbre de usar zapatos en tallas más pequeñas que abultaban el empeine, ya que los llamados «pies de japonesa» eran atributos de belleza.

Factura industrial | Zapatos | c 1860 | Terciopelo de algodón bordado con hilo metálico y listón de terciopelo de algodón. Decoración con galones metálicos. Interior forrado con raso de seda. Suela de cuero y tacón de madera | Fotografía: Luis Enriquez

Aunque el guardarropa no era abundante y una dama contaba con menos de una decena de prendas, los atuendos modernos cambiaban según el lugar y la hora. Había vestidos para la mañana, la tarde, de visita, para pasear e ir a misa, de tarde-noche, otros más para el teatro, de baile, para cenas de etiqueta, para estar en casa antes de acostarse y el camisón con cofia.

La consideración de la época en torno a que caminar era poco elegante hizo que los atuendos «de calle» difícilmente pudieran ser apreciados; respecto a los paseos de Bucareli, la Alameda y la Viga, sabemos: *La mayor parte de los coches van tan cerca unos de otros que impiden a los ocupantes ver más allá de la ventana del carruaje que va casi pegado a su lado. Estos coches van ocupados por lo general con damas, que a causa de esa ridícula costumbre no tienen ocasión de ser admiradas y lucir su buena figura y belleza*, escribió William Bullock, naturalista inglés, posterior a una estancia en nuestro país en 1823.

A mediados de siglo surgió la prenda que dio lugar a todo un estilo: la crinolina, cuyo nombre deriva del uso de la crin de caballo para rellenar y dar rigidez a los tontillos o su antecedente barroco, envarillados miriñaques con costillas de ballena. Ya en el siglo XIX fue hecha de aros de acero flexible; podía requerir hasta 30 metros de metal y 8 más de tela en el vestido para que alcanzara a cubrirla. *El desarrollo del cable de acero, los importantes avances en la industria textil y el uso práctico de máquinas de coser facilitaban que pudieran ser todavía más grandes*, señala la experta japonesa en historia de la moda Miki Iwagami. Lo anterior, sumado a la invención de la anilina (1856), primer tinte sintético, llevó a una explosión de color en todas las prendas visibles.

Fue entonces cuando se dividió el vestido, que se compuso de dos piezas separadas, con elaborados adornos e incontables pliegues. Los peinados por su parte se tornaron menos voluminosos que las pelucas con pomada del barroco y se distinguieron con pequeños sombreros a manera de tocado.

En 1857 tuvo lugar un suceso fundamental para la moda: el nacimiento del *haute couture* [alta costura]; señala la investigadora Eva Ayala Canseco: *el inglés Charles Frederick Worth abrió el primer salón de moda en París y tuvo la ingeniosa idea de presentar públicamente maquetas de trajes a escala, antecedente directo de los actuales desfiles de moda. Las mujeres comenzaron a encargar y copiar los modelos de Worth, que se convirtieron en símbolo de estatus y elegancia*. Y no fue Carlota Amelia de Bélgica, emperatriz de México durante el Segundo Imperio (1864-1867), ajena a la fascinación que el diseñador francés ejerció sobre las mujeres de las altas esferas, por lo que antes de partir hacia América encargó con él varios trajes; a lo anterior se suma

Confección francesa | **Vestido de baile** | c 1840 | Cuerpo emballenado y falda de terciopelo cincelado sobre faya de seda. Aplicaciones de terciopelo cincelado y pedrería. Forro de lino | Largo frente: corpiño: 43 cm; falda: 109 cm | Largo revés: corpiño: 31 cm; falda: 109 cm | Ancho hombros: 37.5 cm | Ancho cuello: 37.5 cm; circunferencia: 75 cm | Cintura: 54 cm | Cadera: 140 cm aprox. | Ruedo total: 206 cm; frente: 103 cm; revés: 103 cm | Largo manga: 10 cm | Ancho sisa: 15 cm | Fotografía: Luis Enriquez

la afirmación de Edith Saunders en el libro *The age or Worth* (1955) en torno a que el ofrecimiento de una «dotación» de prendas salidas de la casa del afamado creador fue parte del argumento que la convenció para aceptar el trono. Señala además el investigador Gustavo Prado: *El mundo de Maximiliano fue el triunfo del afrancesamiento, pero al mismo tiempo de una nueva manera de pensar la identidad de lo mexicano. Las damas de Carlota en una corte improvisada, exigían las prendas de Worth o por lo menos, materiales dignos para realizar las buenas copias*.

En ese ámbito tuvo su origen la tradicional celebración de XV años, en la que se presentan las jovencitas a la sociedad, festividad aún vigente y que conserva reminisencias decimonónicas en el uso de la crinolina y el vestido acinturado, cargado de ornamentos en alegres colores.

La maison Worth | ***Vestido de baile estilo Directoire*** | c 1910 | Vestido de satén de seda, color melón y tul de seda con aplicaciones de chaquira de cristal que forman elipses | Escote con tul de seda color beige | Cauda guarnecida con flequillos largos de chaquira de cristal | Corpiño forrado con satén de seda beige y emballenado con nueve varillas. Se cierra con doce corchetes | Cinturilla interior de gross-grain con la marca «Worth» | Largo frente: 140 cm | Largo revés: 181 cm | Ancho hombros: 43 cm | Ancho cuello: 25 cm | Cintura: 75 cm | Cadera: 100 cm aprox | Ruedo total: 185 cm; frente: 95 cm; revés: 90 cm | La punta: 118 cm | Manga: largo: 26 cm | Ancho sisa: 17 cm; circunferencia: 32 cm | Fotografía: Javier Hinojosa

Confección europea | **Vestido de calle estilo Segundo Imperio** | c 1867 | Cuerpo emballenado, falda y sobrefalda de muaré sobre faya de seda. Bordados en punto de cadena, de relleno suelto, bolitas de rococó y punto de cruz. Chaquiras en moños. Ribete de encaje de bolillo. Forro de lino y algodón | 143 x 43 (hombros) x 23 (cintura) cm | 136.5 cm Ø: 114 cm | 154.5 x 114.3 x 389 cm | Fotografía: Luis Enriquez

El siguiente cambio significativo, a fines de la década de los años sesenta, y que dio nombre a un estilo más, fue el polisón, prenda interior sucesora de la crinolina, que concentraba el volumen de la falda en la parte trasera mientras que el frente quedaba casi plano. Se trataba de una almohada pequeña rellena para dar efecto del abultamiento al *derrière*, misma que se cubría con la falda del vestido sobre la que se confeccionaba una composición llena de cintas. La parte superior siguió cargada de ornamentos, encajes y volantes.

De forma paralela, en los Estados Unidos se hizo visible la figura de la feminista Amelia Jenks Bloomer, quien intentó convencer a sus congéneres de introducir en sus vestuarios pantalones estilo turco, llamados *bloomers*. El cambio resultaba muy drástico para la época, por lo que el intento fracasó

Confección europea | Vestido de baile | c 1873
Cuerpo y falda de raso de seda, encaje de blonda y de bolillo. Botones con alma de cristal forrados con hilo de seda trenzado. Enagua de seda y tiras de encaje y listones. Emballenado y con estructura metálica para polisón |
Fotografía: Luis Enriquez

Confección anónima | Falda de calle invernal con media cauda | c 1900–1905 | Falda en seda y algodón color rosa, beige y uva, tejida en telar *jacquard* con ligamentos de tafetán y sarga, formando listas y motivos florales | Ruedo guarnecido con dos tiras de la misma tela | Forro de algodón gris con ruedo de algodón rosa | Bolsa en el lado derecho de la parte posterior | Confeccionada con nesgas | Largo frente: 99 cm | Largo revés: 99 cm |Cintura: 51 cm | Cadera: 58 aprox. | Ruedo total: 337 cm; frente: 165 cm; revés: 172 cm |
Fotografía: Luis Enriquez
:

después de despertar solo algunas débiles llamas, que coincidieron con las primeras campañas en pro de los derechos de las mujeres y hoy se consideran antecedentes modernos de los movimientos feministas.

Enmarcado por la B*elle Époque*, cierra la centuria el estilo «silueta en forma de S», que también modeló el cuerpo hasta acinturarlo en exceso. Fue acompañado de un pecho generoso y un marcado polisón. Al mismo tiempo se generalizó el uso del traje sastre conformado por una chaqueta junto con una falda y una pequeña blusa debajo. Los sombreros crecieron aún más y añadieron ahora pequeñas aves disecadas. El afrancesamiento del Porfiriato se ciñó a dichas normas. La conservadora Katia Perdigón apuntó: *el vestido diario de las mujeres consistía en blusa ajustada al corsé, con mangas largas y cuello alto y estrecho, adornado con encaje; en tanto que la falda tenía forma de campana y llegaba hasta el suelo. En la parte trasera de esta se observaba un remate de pliegues.*

Confección anónima | Vestido de paseo | c 1883 | Cuerpo, falda y sobrefalda de tafetán de lino y lana con aplicaciones de raso de seda y algodón. Botones forrados de tafetán. Emballenado. Forro de algodón | Largo frente: corpiño: 91 cm; falda: 100 cm | Largo revés: corpiño: 90 cm; falda: 106 cm | Ancho hombros: 43 cm | Ancho cuello: 15 cm | Cintura: 84 cm | Cadera: 110 cm aprox. | Ruedo total: 216 cm; frente: 106 cm; revés: 110 cm | Manga: largo: 47.5 cm | Ancho muñeca: 12 cm; circunferencia: 24 cm | Ancho sisa: 20 cm; circunferencia: 38 cm | Pecho: 49 cm | Fotografía: Luis Enriquez

Confección francesa comercializada por el Almacén El Fénix Julio Albert & Compañía de Ciudad de México | Vestido de novia | c 1881 | Raso de algodón y seda. Gasa de seda plegada y en volantes, en pechera, cuello, sobre mangas y boca mangas. Azahares con estructura de metal forrada de papel, capullos de algodón cubiertos de cera blanca y hojas de tafetán color verde. Forro de algodón | Fotografía: Javier Hinojosa

Confección anónima | Vestido de novia estilo *Belle Époque* (detalle) | c 1890-1897 | *Jacquard* de seda bordada con pedrería y perlas. Mangas abullonadas. Ruedo tableado | Fotografía: Javier Hinojosa

El vestido de boda

Durante la primera mitad del siglo XIX, en los enlaces nupciales eran comunes los vestidos en cualquier color, con cierta preferencia hacia los tonos vivos; eso permitía además su uso en ulteriores ocasiones. Fue el enlace matrimonial de la Reina Victoria del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, en febrero de 1840, el que hizo cambiar la historia. Su vestido fue confeccionado en seda satinada color crema, en el que se destacó una estrecha cintura, lo que inauguró la que hasta hoy se considera la imagen clásica de una alba novia en Occidente.

Confección anónima | **Chaleco** | c 1785 | Raso de seda bordado con hilo de seda y forro de lino. Decoración vegetal color marfil, verde, grana y ocre | Fotografía: Luis Enriquez

Indumentaria masculina

El uso del pantalón, que sustituyó paulatinamente al calzón, inició en los primeros años del siglo XIX. Se combinó además con frac, chaleco, sombrero de copa, bota inglesa y bastón; la corbata fue símbolo de masculinidad y poder. Así, el traje clásico usado por los caballeros de la burguesía inició su propia historia en la moda. Hacia 1818, los hombres utilizaron el llamado saco corto tipo Spencer, que debe su nombre a un caballero inglés que se acercó demasiado a una chimenea y al que se le incendiaron las colas de su frac.

La vanidad no fue pecado único de mujeres.

Ya entrado el siglo, los caballeros se preocupaban en conseguir productos para rizarse el bigote, redes para sujetarse el cabello mientras dormían, pulidores para las uñas de manos, entre otros. El descubrimiento de los microorganismos y su influencia en la salud convirtió la higiene –entendida como limpieza y baño– en distintivo de elegancia, así que los caballeros adquirieron lociones, afeites, cremas y aceites.

EA

China poblana

Símbolo de lo mexicano y tema de gran interés por el misterio de su origen, la figura de la china poblana míticamente está asociada con Catharina de San Joan (c 1605-1688), princesa del Imperio Mogol raptada y embarcada como esclava en Filipinas. Arribó al Puerto de Acapulco y casada con un «chino», miembro del sistema de castas, le fue otorgada su libertad y vivió en Puebla. Del singular vestuario con telas de llamativos colores, el siglo XIX codificó la falda aterciopelada que recibía el nombre de «castor», generalmente roja, y a la que se agregaba en el ruedo una franja de raso en color contrastante; toda la prenda se bordaba a mano con lentejuelas de plata de forma circular y hexagonal, que formaban el Escudo Nacional. El adorno se completaba con secuencias de chaquiras de cristal sujetas con hilo de seda. Debajo asomaba una enagua con ribete de picos. En la parte superior la blusa de algodón se bordaba con chaquiras de colores y motivos fitomoros.

ML y RG

Costura mexicana | **Vestido de china poblana** (detalle en página siguiente) | c 1890-1900 | Blusa de viscosa con hilos de seda. Falda de castor con aplicaciones de chaquira, lentejuela de plata bordada y de cola, ribete de raso de seda. Faja de rebozo de seda | Blusa: 64.9 x 66.4 cm | Falda: 90.4 x 96.5 cm | Fotografía: Javier Hinojosa

Confección anónima | **Vestido de calle** (detalle) | c 1900 | Cuerpo emballenado y falda de malla bordada con aplicación de tafetán de algodón y *soutache* de hilo de algodón. Cuello alto de raso. Bajo corpiño de raso y emballenado | Fotografía: Luis Enriquez

Sears

En 1895, los norteamericanos Richard Sears, Alva C. Roebuck y Julio Rosenwald se unieron para convertir su compañía, Sears-Roebuck, en la empresa líder de ventas por correo. Fueron innovadores en crear el sistema de compra por catálogo que pronto dominó el mundo de las ventas departamentales.

Las revistas de moda que se importaban de España, París y Londres dictaron a la sociedad las pautas en el vestir: *El Semanario de las Señoritas Mexicanas, La Moda Elegante, La Moda de Ultramar y La Moda Ilustrada*, entre otras. En este siglo en México la industria del vestido creció notablemente. La sombrerería Tardán (1847), zapatería El Borceguí (1865), Al Puerto de Veracruz (1880), Las Fábricas de Francia (1887) y El Palacio de Hierro (1891), entre otros, fueron prestigiosos establecimientos que abastecieron al mercado mexicano, la mayoría de los cuales continúa en servicio.

EA

Jamás pensé que mi amor a México fuese tan intenso [...]

Alfonso Miranda Márquez | Dirección

A pesar de la bella y moderna París, Concha experimentó en el exilio la nostalgia por estar lejos de su patria:

Pocas personas conocimos esa época en Paris. Las familias de la Colonia mexicana poco nos veian tal vez por temor en ponerse en mal con con el gobierno de Juarez; entre ese corto numero que nos visitaban, estaba la familia del General Almonte que habia representado Mexico cerca de Napoleon III el tiempo que mi esposo habia sido Presidente de la Republica Mexicana./ La familia del general Almonte se componia de doña Dolores su esposa, de una hermana del General doña Guadalupe Quesada y de una hija Gualupita./ El General Almonte habia nacido en el Es/tado de Michoacan (México) y ***era hijo natu/ral de Morelos, unos de los principales he/roes de nuestra independencia,*** *Se habia e/ducado en los Estados Unidos y conocia varios ideo/mas. Dotado de un claro talento y de una flo/rida instrucción, hacia agradable su compa/ñia á los que lo trataban. De ideas republi/canas, habia ocupado puestos elevados en diversas administraciones del partido libe/ral. El año 1840 fue ministro de guerra é hiso una encarnizada oposicion al proyec/to del Señor Gutierres Estrada de formar en nuestro pais un gobierno monárquico. Por esta causa,* ***el General Almonte y Gutierres Estrada fueron largos años implacables enemigos.*** *Con el andar del tiempo, las cosas cambiaron como suele cambiar el cora/zon del hombre que arrastrado por la am/bicion cambia tambien de ideas; esto se operó en el General Almonte, que deslumbrado por la brillante corte de Napoleon III se figuro que en nuestro pais, se podria plantear un imperio, en el cual él seria llamado á representar un primer papel. Napoleón III airado por los desmanes que al/gunos de sus subditos habian* ***sufrido en Me/xico á causa de nuestras guerras intestinas y engañado ademas por un corto numero de Mexicanos que desde hacia algunos años vi/vian en Europa,*** *se dejó alucinar, y desidió em/prender el loco proyecto de la intervención ar/mada. Uno de los personages mexicanos con quien primero contó, fue el General Almonte, el cual olvidándose de quien era hijo, se prestó con entusiasmo al proyecto del Empe/rador Napoleon; luego que se operó en el General Almonte el cambio radical de sus ideas, po/líticas se acordó de su enemigo el Señor Gutierres Estrada, anunciandole la buena nue/va; Este Señor, que habia permanecido siem/pre fiel á su partido, y que tenia la firme con/viccion de que solo un gobierno monarqui/co podia salvar y engrandecer su patria haciéndolo feliz, se lleno de gozo con la plau/sible noticia que le dio por medio de don José Hidalgo, el General Almonte. El Señor Gu/tierres Estrada olvidando sus antiguos rencores viendo que su Sueño de hacia tantos años se iba á realizar, se declaró un activo coperador del proyecto, y un estrecho amigo del General Almon/te./ ¡Que anomalias se ven en el mundo! Esos dos enemigos politicos se reconsiliaron y con el potente ayudo republicano, logró sus deseos el concervador/ Doña Dolores, la esposa del General era hija de don Guadalupe Quesada, por lo cual, estaba casada con su tío. Esta Señora era de amable trato, pero se veia que con el contacto de su marido se habia vuelto diplómatica y era dificil conocer su carácter poco franco./ Doña Guadalupe su madre era por el contrario toda franqueza y lealtad*

de tipo, asi como el de su hermano el General, era completamente indio y nunca negó de su raza, ni de sus ideas republi/canas. Mas adelante tendre que hablar de nuevo á mis lectores de esta familia y la conoseran./ Gualupita, la única hija del General Al/monte era una joven bastante graciosa, sin ser bonita, tenia gran atractivo por su cultura y amabilidad./ Poco tiempo tube para conocer á fondo aquella familia, pues ***á las pocas semanas de haber llegado á Paris, se comensó á apoderarse de mi una tristeza mortal;*** *nada me agradaba, nada me divertia, nada me animaba; los paseos me cansaban y si estaba en casa por la menor cosa me ponia á llorar. Por las noches me des/pertaba agitada y el llanto imbadia mis ojos ¿Que tienes? me preguntaba mi esposo ¿Por qué lloras?* ***"Lloro, le decia yo, por la Alameda de México que tal vez no volveré á ver, por nues/tras comidas mexicanas, por nuestro chile, por nuestras tortillas!!....*** *(Advierto á mis lectores que cuando estaba en mi pais, ni iba yo á la ala/meda de paseo, ni comia con frecuencia los pla/tillos mexicanos) "Vaya, me decia mi esposo, duer/mete y no pienses esas tonterías "¿no ves que esta/mos en Paris y que ahora no hay peligro de gue/rra ni de que me maten? Sin embargo, mi tris/teza y mis insobnios aumentaban y mi fisico comensó á desmejorar notablemente. Se llamó para que me viera al doctor Girdanais que habia estado varios años en México y que conocia perfec/tamente el idioma español. Este doctor declaró á mi esposo que mi enfermedad era la nostalgia y que el único remedio era que dejase de criar á mi hijo, y saliera por algun tiempo de Francia. Jamas pensé que mi amor á México fuese tan intenso, y que ya libre de las angustias que mi corazon habia sufrido durante dos a/ños, la ausencia de mi patria tanto dolor. Sin embargo, asi fue, y mi esposo, alarmado por el estado delicado de mi salud, desidió sacarme de Paris./ ¿A donde podiamos ir mejor que á Italia, este pais lleno de encantos y de riquezas artísticas? Roma, donde recidia el Gran Pontifice Pio IX, Genova cuna del inmortal Colon, Florencia, la patria de los grandes poetas y Napoles la bella, la del dulce cielo y del azulado mar?*

Memorias manuscritas de Concepción Lombardo de Miramón | Capítulo VII: "Mi primer viage á Europa" | Fondo DCCCII-2 | 1859-1917 | Colección del Centro de Estudios de Historia de México.Fundación Carlos Slim
La paleografía es autoría de quien escribió este artículo; es literal y respeta la ortografía del documento primario. Las abreviaturas se han desatado y para señalarlas se han subrayado. Las diagonales indican cambio de renglón.

Fotógrafo por identificar | **Dolores Quesada de Almonte** | c 1864-1870 | Reprografía en impresión plata sobre gelatina DOP | Fondo XXIX, carpeta: 1, documento: 199 | Reforma, Intervención e Imperio

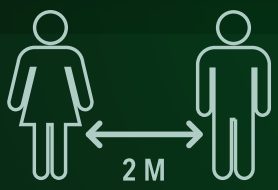
FUNDACIÓN Carlos Slim

MUSEO Soumaya

Una vez que las autoridades permitan la reapertura de espacios públicos y culturales, debemos construir juntos una nueva normalidad cultural.

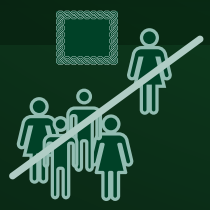
Si presentas **fiebre, dolor de cabeza** o cualquier **síntoma de gripa** no podrás ingresar a las instalaciones.

Usa correctamente tu cubrebocas en todo momento.



Te recordamos respetar **la sana distancia.**

Lava tus manos frecuentemente y usa el alcohol en gel de los dispensadores.



Por el momento no contamos con visitas mediadas. Puedes encontrar **recorridos virtuales en nuestro canal de YouTube.**

Disfruta 30 siglos de arte en México | El arte nos hermana | Entrada gratuita

MUSEO SOUMAYA.FUNDACIÓN CARLOS SLIM

DIRECTORIO EDITORIAL

Ing. Carlos Slim Helú
Presidencia

Soumaya Slim Domit
Consejo Editorial

José Fausto Cota Chirino
Dirección General

Alfonso Miranda Márquez
Dirección Cultural

Raquel Gutiérrez Morales
Coordinación Editorial

TEXTOS

Alfonso Miranda Márquez
@A_mirandam

Ana Paula Robleda Betancourt
@AnaPau_Rb

Carolina García Torres
@Blinkat

Dania Escalona Ruiz
@DannStairs

Eva Ayala Canseco (EA)

Francesca Conti
@franconti17

Laura Adriana González Eguiarte
@Crazylaurita

Mónica López Velarde (ML)

Raquel Gutiérrez Morales
@raquetadetenis

REALIDAD AUMENTADA

Carlos Reyna
@MxCarlosReyna

Ilce S. Velázquez Hernández
@ilce_velher

DISEÑO EDITORIAL

Adriana Sosa Herrera
@Bammbucha

Diana Muñoz Mondragón
@mumdi41

Nohemí Gómez Mendoza
@NOHEM_GM

Vidal Olivera Cruz
@voc_01

Publicación de distribución gratuita
10 000 ejemplares

Jean-Baptiste Louis, *barón Gros* | ***Paisaje*** |1862 |Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Portada: **Felipe Santiago Gutiérrez** | ***Doña Teresa Pliego*** | 1848 | Óleo sobre lienzo | Fotografía: Javier Hinojosa

Contraportada: **Casimiro Castro** | ***El Valle de México desde Chapultepec*** | 1850–1889 | Litografía coloreada a la acuarela | Fotografía: Javier Hinojosa

aprende.org

museosoumaya.org

@ElMuseoSoumaya